



Sergio Fernández Riquelme

LA CIENCIA HISTÓRICA

Métodos e ideas para el estudio historiográfico



infides
Ediciones Didácticas

 **infides**
Ediciones Didácticas

Sergio Fernández Riquelme.

**LA CIENCIA HISTÓRICA.
Métodos e ideas para el estudio
historiográfico.**

 **infides**
Ediciones Didácticas

La ciencia histórica. Métodos e Ideas para el estudio historiográfico.
Primera edición. Murcia, 2009.

© Sergio Fernández Riquelme

Edita: **Infides. Ediciones didácticas.**
www.infides.com

ISBN: 978-84-612-9903-4.

Depósito Legal: MU-616-2009.

Imprime: Pictografía.

Diseño: Antonio Javier Fernández Riquelme



Contenido

INTRODUCCIÓN.....	7
Primera parte. LA CIENCIA HISTÓRICA.....	11
1.1. LA HISTORIA: UNA CIENCIA SINGULAR.....	13
1.1.1. El concepto de la Historia.....	13
1.1.2. La definición científica de la Historia.....	15
1.2. LA HISTORIOGRAFÍA: EL METODO CIÉNTIFICO.....	18
1.2.1. Los conceptos en la Historia.....	19
1.2.2. El método historiográfico: las claves del conocimiento.....	21
a) La persona: el significado de las fuentes históricas.....	21
b) El tiempo histórico.....	23
c) El espacio: lugares en la Historia.....	25
1.3. LA HISTORIOLOGÍA: LA TEORÍA EXPLICATIVA.....	26
1.3.1. El conocimiento histórico.....	27
a) La comprensión histórica: la idea de “espíritu”.....	28
b) Las categorías históricas: expectativas y experiencias.....	29
c) Las mentalidades como objeto de estudio.....	30
1.3.2. Las teorías de la Historia.....	31
Segunda parte. LA INTERPRETACIÓN EN LA HISTORIA.....	37
2.1. LA EXPOSICIÓN DE LA HISTORIA: Leopold Von Ranke y los orígenes científicos.....	37
2.2. EL PENSAMIENTO HISTÓRICO. Rodrigo Fernández-Carvajal y las ideas en la Historia.....	38
2.3. EL TIEMPO HISTÓRICO. Pasado y Futuro en Reinhart Koselleck.....	39
2.4. LAS POSIBILIDADES HISTÓRICAS: filosofía e historia en X. Zubiri.....	40
2.5. LA HISTORIA COMO SISTEMA: la “razón histórica” en Ortega y Gasset.....	48
2.6. LA EXISTENCIA HISTÓRICA: Raymond Aron ante el "el opio de los intelectuales".....	57
2.7. LA INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA en Ángel López- Amo.....	59
2.8. LA REVISIÓN DEL PASADO. Renzo de Felice y las ideologías.....	62
2.9. HISTORIA Y FE. La conciencia histórica en Luis Suárez.....	63
2.10. LA POLÉMICA HISTORIOGRÁFICA. La memoria histórica.....	67
BIBLIOGRAFÍA.....	73

INTRODUCCIÓN.

“¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicárselo a quien lo pregunta, no lo sé?”.
(San Agustín, *Confesiones*, XI, 14).

A inicios del siglo XXI asistimos a una aceleración, sin precedentes, del ritmo vital de nuestra civilización. La globalización del conocimiento, la tecnificación creciente de la vida cotidiana o las nuevas formas de comunicación, más rápidas y directas que antaño, expresan cambios sociales y culturales de alcance aún por determinar. Las viejas tradiciones seculares, que vinculaban al hombre con su entorno material y espiritual parecen entrar, en ciertos países y en ciertos sectores de Occidente, en trance de desaparición; pero las nuevas formas de vivir y de pensar, propias de la modernidad, se suceden, unas a otras, sin solución de continuidad aparente, y a una velocidad que apenas deja rastros de las mismas en los anales contemporáneos.

La generación protagonista de este “tiempo histórico”, heraldo de una sociedad siempre presta al mito del progreso indefinido, comienza, empero, a hacerse preguntas sobre el presente que debe o pretende encabezar. Caídos los mitos colectivistas, desprestigiados los modelos de autoridad y jerarquía, y ensoñados por un ideal de libertad no siempre acompañado por su necesaria salvaguarda de obligaciones y responsabilidades, esta generación comienza a cuestionarse sobre las raíces de los problemas sociales y políticos no superados, los orígenes de las amenazas medioambientales difundidas globalmente, o los valores que un día fueron el referente de sus antepasados; en suma, sobre la Historia que ha llevado a su época a ser de una manera y no de otra¹.

Así pues, cada generación tiene la obligación, cuando no necesidad, de escribir su historia. Todo historiador, cronista de un presente que se agota a cada segundo, debe contar para narrarla con un aparato metodológico y una línea teórica que responda, de manera sistemática, a las preguntas presentes que los hombres de una época lanzan sobre las posibilidades que en el pasado se dieron,

¹ Su consideración como “arte” nos remite a su primera formulación mitológica en la Grecia clásica como *Clío*: una de la nueve deidades menores patrocinadoras de las artes, hija de Zeus, padre de los Dioses, y Mnemosina, diosa de la memoria, y que aparece representada coronada de laureles y portando en su mano izquierda un rollo de papiro.

y entre las que eligieron sus antepasados, y a las expectativas futuras que cada comunidad moviliza los recursos y proyectos actuales.

La ciencia histórica, disciplina singular y “arte” tradicional, enseña así, con pretensiones didácticas, el camino elegido por la humanidad en su evolución cultural, a nivel local o global; descubre los límites y oportunidades que el “tiempo”, categoría esencial en la Historia, ha dado a la *libertad* de los hombres².

La tarea investigadora y didáctica del historiador, demuestra pues, generación a generación, una enorme importancia. Ya el historiador romano Polibio [c.202-c-120. C.] recordaba que “*no hay profesión más útil para la instrucción del hombre que el conocimiento de las cosas pretéritas*”³. Esta “instrucción” se concreta, científicamente, en el conocimiento y exposición de los “hechos históricos” como el conjunto de ideas, creencias y valores que dieron sentido a la existencia de un pueblo, de una época, de un individuo, en un tiempo concreto y en un espacio determinado; y que se ha materializado en los restos materiales y en las mentalidades culturales.

Ahora bien, la ciencia histórica no se ocupa de todos los hechos del pasado, bien representados por un personaje carismático, bien presentes en toda una colectividad definida. La “duda epistemológica” que inicia toda tarea historiográfica, parte de los intereses y paradigmas que afectan y condicionan en el presente al historiador, o de los objetivos ideológicos de la elite que rige los destinos del Estado y domina los mecanismos del Mercado (y que en última instancia condicionan en el trabajo investigador). Por ello encontramos diversas interpretaciones y análisis, con lenguajes propios, sobre un mismo “hecho histórico”, fruto del contenido subjetivo que todo científico, como el historiador, plantea en su hipótesis de trabajo⁴.

La finalidad de la ciencia histórica se sitúa, pues, en *objetivar* el contenido subjetivo presente en estos “hechos históricos”, tanto en la narración primaria de los protagonistas de los mismos, como en la interpretación secundaria de los historiadores ocupados en estos menesteres. Una *objetivación* que nos remite,

² El filósofo de Stuttgart concebía la libertad como fin último del mundo y de la historia. Así lo expresa, cuando, después de subrayar que el espíritu es autoconciencia y es libertad, escribe que “*la libertad es la sustancia o el ser del espíritu. Para cualquiera resulta inmediatamente comprensible que el espíritu posee, entre otras propiedades, la libertad; más la filosofía nos enseña que todas las propiedades de espíritu sólo subsisten gracias a la libertad, todas son únicamente medios para la libertad y todas no hacen más que buscarla y producirla; constituye una verdad de la filosofía especulativa la tesis de que la libertad es lo único verdadero del espíritu; el espíritu es el estar-consigo-mismo. Esto es cabalmente la libertad*”; y por ello afirma que “*la historia universal es el progreso en la conciencia de la libertad*”. Véase G. W. F. Hegel, *Geschichte der Philosophie*. Berlín, 1840, I, p. 63.

³ Polibio de Megalópolis, *Historia universal durante la república romana*. Barcelona, Orbis, 1986, p. 19.

⁴ Sergio Fernández Riquelme, "La Mediación social. Itinerario histórico de la resolución de conflictos", en *La Razón histórica*, nº 9, 2009, pp. 76-96.

siguiendo a Xavier Zubiri, a los tres factores propios de la experiencia de cada época: el contenido concreto (repertorio de acontecimientos o hechos históricos), la situación de partida y su horizonte histórico. Factores que proyectan el pensamiento humano, individual y colectivo, el cual siempre opera bajo las categorías intelectuales y espirituales vigentes en un espacio y tiempo concreto⁵. Ante ellos, el historiador debe interrogar al pasado sobre lo que hubo y lo que queda, en las posibilidades históricas que se plantearon y las que llegaron a germinar⁶.

La *objetividad* de todo hecho histórico demuestra como los conceptos políticos, sociales o económicos creados por toda cultura, no son universales ni eternos; resultan instrumentos de la “razón histórica” propia de una generación consciente de su unidad y trascendencia. Poseen, utilizando una analogía orgánica, una “*existencia histórica*” determinada, ligada a la realidad humana que los ha generado. La finalización de su tiempo histórico, del conjunto de creencias, de sus “categorías del espíritu”, es su propio ocaso. Los conceptos con los que se aprehende la realidad del pasado representan esta naturaleza, y su agotamiento histórico viene precedido de la quiebra de los modos de pensamiento imperantes. En un proceso que pasa generalmente inadvertido a los coetáneos, no así al historiador (o por lo menos debería): la mutación del punto de vista esencial (económico, político, social, cultural) de una generación, y que da carácter a una época, presupone un cambio en el mundo, en sus instituciones y su sistema de creencias. Creencias donde el hombre situaba su razón de ser, ya que “*su matriz albergaba su tiempo biográfico*”⁷.

Todo acercamiento científico al pasado debe presentar, por ello, la comprensión del impacto de los acontecimientos pretéritos en el presente inmediato y en el futuro posible, material y espiritualmente. Ante la pretensión errónea de la “*inmediatez del conocimiento*”, que convierte nuestra realidad en un “*siempre empezar*” (y que nos hace esclavos del error), el intelecto humano vuelve a buscar en la Historia, una y otra vez, las respuestas a las cuestiones básicas, y actuales, de nuestra naturaleza, de nuestros errores, de nuestras posibilidades. En este proceso, la Historia vuelve a demostrar su naturaleza científica, empírica y epistemológicamente, buscando trazar esa línea capaz de unir las posibilidades del pasado y las posiciones del presente, a nivel individual o a nivel colectivo. En suma, la Historia del hombre y su libertad: alcanzada o recibida, destructora o creadora, irresponsable o responsable⁸.

⁵ Xavier Zubiri, “El acontecer humano”, en *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid, Alianza ed., 1987, pp. 189-197.

⁶ Jerónimo Molina, *La política social en la historia*. Murcia, Isabor, 2004, p. 17-18.

⁷ *Ídem*, p. 11.

⁸ A modo de ejemplo, la recurrente separación académica y metodológica entre ciencia histórica y literatura, que intenta ser superada en los últimos años por distintos proyectos interdisciplinares, no debe ser óbice para la utilización de la obra literaria como fuente documental de primer orden. Esta

Parece ser, en este sentido, que las viejas teorías y métodos de la tradición historiográfica no responden a los problemas emergentes y a las aspiraciones culturales de esta nueva generación. Frente a la especialización sectorial del conocimiento histórico, surge la aspiración a la síntesis humanista; ante a un racionalismo interpretativo ajeno a los intereses y pensamientos puramente humanos, se vuelve la comprensión hacia el mito y la leyenda, el espíritu y la fe, la ideología y la propaganda, lo humano y lo divino, como partes esenciales de nuestra antropología. En contra del mero dato cuantitativo, frío y deshumanizado, regresamos a la visión cualitativa de nuestra existencia; y frente a la militancia política, se necesita la mayor objetividad posible. Es decir, se vuelven los ojos hacia la realidad de la libertad del ser humano, en sus posibilidades y limitaciones. “*De lo que se trata es -como bien señalaba Ramiro de Maeztu- de recordar con precisión lo que decíamos ayer, cuando teníamos algo que decir*”; es decir, de recobrar nuestra “*conciencia histórica*”⁹.

Así, la primera parte de este trabajo aborda la realidad singular de la Historia como disciplina científica; para ello pretende situar su objeto de estudio, aventurando una suerte de definición genérica, y determinar su lenguaje específico (*historiografía*) y las claves y modelos para su teorización (*historiología*). Mientras, la segunda parte se sumerge, de manera selectiva, en diez ideas ilustrativas de la pluralidad de enfoques, interpretaciones y visiones sobre cómo abordar la reconstrucción presente de la Historia en el reciente devenir de la ciencia contemporánea.

utilidad, nacida de una necesidad empírica no siempre valorada, se puede advertir, en la elaboración de ciertos aspectos del discurso histórico, tanto en sus fases de investigación y documentación, como en las de reconstrucción e interpretación, e incluso en los niveles de difusión cultural y elaboración didáctica. Al igual que ocurre con determinadas ciencias humanas y sociales complementarias como antropología, geografía, filosofía, política o historia del arte, y con las dimensiones históricas de toda disciplina científica, el estudio y uso de fuentes literarias dota al proceso de investigación histórico-científico, de un arsenal documental y una perspectiva metodológica de gran valor textual y hermenéutico. Nos permite acceder, siempre bajo criterios de selección y comprobación historiográfica, a dimensiones del “hecho histórico” negadas por la “fuentes primarias”, y a realidades emocionales, espirituales y simbólicas, tanto individuales y como colectivas, de notable significado testimonial: ideas no reconocidas, creencias ocultas, relaciones secretas, personajes no siempre secundarios, motivaciones reales, ideologías subyacentes. Véase Sergio Fernández Riquelme, “Historia y literatura. Disciplinas complementarias e instrumentos del discurso político”, en *Hispania*, n° 230, CSIC, 2008, pp. 787-818.

⁹ Ramiro de Maeztu, “Servicio, jerarquía y hermandad”, *Acción española*, n°45, 16 de enero de 1934, pp. 889-891.

Primera parte.

LA CIENCIA HISTÓRICA.

*“Al mirar al pasado, no podemos prescindir
de nuestras propias experiencias,
acciones, pasiones y prejuicios”*

(A.J. Toynbee, prólogo a *La Europa de Hitler*, 1986).

Todo trabajo de naturaleza teórica y metodológica sobre la Historia debe, en primer lugar, determinar sus bases como disciplina científica: su estatuto y su función. La entidad de la historia como ciencia social y humana remite, en todo caso, al conjunto de métodos e ideas que permiten un conocimiento riguroso y empírico sobre el pasado desde el presente, registrándolo, explicándolo y difundiendo desde la aspiración a la neutralidad axiológica (*Wertfreiheit*).

La instrumentalidad del conocimiento histórico nos sitúa en el papel del mismo a la hora de responder a las preguntas que cada generación realiza sobre su pasado, a la hora de conformar su propia conciencia histórica. Qué pensamos y cómo lo plasmamos, qué soñamos y cómo lo alcanzamos, qué necesitamos y cómo lo cumplimos.

En este planteamiento es necesario apuntar una primera precisión. En cualquier ciencia, como la Historia, hay un punto de partida no sujeto al raciocinio físico-matemático. Lo percibe el entendimiento sin otra operación que la meramente intuitiva, como el respeto a la tradición, el acuerdo tácito o por cierto consenso intelectual. Así, no hay ciencia humana alguna, ni puede haberla, sin la aceptación previa de ciertos conocimientos cuya verdad no puede ser comprobada de manera meramente cuantitativa. Hay un límite a la facultad crítica del hombre, y ese límite se halla en los conocimientos intuitivos que llevan en sí mismos una claridad tan adecuada a la naturaleza del entendimiento humano: “*las primeras verdades*”¹⁰. Por ello, todo el edificio científico, por

¹⁰ Para Víctor Pradera “*sin esas primeras verdades, humildemente aceptadas por el hombre, no habría ciencias*”: por ello “*hay que tener la gallardía de confesar que somos incapaces por naturaleza de dar la razón de todo, y la virtud de ajustar nuestra conducta a tan noble condición. En el proceso científico hay algo que puede ser denominado dogma, o no hay ciencia*”. En este sentido “*las derrotas que algunos pensadores del campo de la verdad experimentaron en el siglo*

complicado que parezca, se apoya, como en piedras angulares, en unos cuantos principios que deben ser admitidos por sí mismos. Estas primeras verdades científicas se aceptan por la razón, no porque sean demostrables, sino porque son ciertas; es decir, porque expresan la adecuación del entendimiento humano con la realidad.

Y los *objetos* son verdaderos, en este caso los “*hechos históricos*”, si tienen en la realidad la esencia, atributos y cualidades que corresponden a su idea típica preexistente. Las cosas son sólo conocidas mediante las ideas que de ellas formamos, es decir, con esa *verdad subjetiva* que consiste en la conformidad de nuestro entendimiento con la razón. Ideas verdaderas, claridad en su comprensión y palabras adecuadas al concepto, son las condiciones esenciales para una ciencia asentada sobre dogmas ciertos¹¹.

Estas “ideas claras” dan sentido a la Historia como ciencia. Son los fundamentos de su aparato metodológico y de sus pilares teóricos; son el punto de partida para objetivar un pasado siempre diverso y trágicamente humano. Aparece así la Historia, *mutatis mutandis*, como una auténtica “maestra de la vida” (*magistra vitae*), pero no como una suerte de predicción del futuro, sino como una propedéutica que nos prepara para un presente convertido, cada segundo, en pasado inmediato.

La ciencia histórica presenta, por ello, una constitución científica sumamente singular dentro del campo de las ciencias sociales y humanas, así como un ascendiente común en la reconstrucción de la génesis y evolución del resto de categorías culturales y disciplinas científicas actuales (desde la Medicina al Derecho, pasando por las formas sociales, relacionales o económicas de nuestras sociedades).

*pasado fueron debidas a que no abrazaron ese escudo con el que hubieran sido invulnerables. El enemigo les pedía la justificación racional de todo –aun de aquello que no por ser de naturaleza racional no podía tenerla- y a él, en cambio, nadie le pedía la justificación racional del contenido del orden racional”. Por tanto, para Pradera “usando las mismas palabras, parece sin embargo que hablamos diversos idiomas. Son raros los hombres que las dan idéntico sentido, por la sencilla razón de que una labor tenaz viene desde hace tiempo vaciándolas de su contenido para que sean fácil y eficaz vehículo del error”. Véase Víctor Pradera, “Los falsos dogmas”, *Acción española*, n° 2, 1 de enero de 1932, pp 113-122.*

¹¹ “La verdad se halla –según hemos visto- en las cosas y en el entendimiento humano; pero los conceptos humanos que de las cosas forman los hombres, se expresan por medio de palabras. Cada una de las que a nuestros oídos llegan, los impresiona con el exclusivo fin de suscitar en las inteligencias una idea; aquella misma precisamente, que quien la emitió quiso transmitirnos la vibración del sonido, para que con toda fidelidad se reprodujesen en nuestro espíritu. Debe haber, pues, una relación indestructible entre un concepto y el vocablo con que se expresa, a fin de que pronunciado el último, en el entendimiento surja siempre indefectiblemente la misma idea. En el lenguaje, por lo tanto, hay también una forma de verdad, la que resulta de la conformidad de la palabra con la idea; y una causa de falsedad, la que constituye la disconformidad entre el concepto y el término”. Ídem, p. 121

1.1. LA HISTORIA: UNA CIENCIA SINGULAR.

El historiador holandés Johan Huizinga [1872-1945] señalaba que la “*historia es la forma espiritual con la que una cultura da cuenta de su pasado*”. Frente a las fábulas míticas o a las simples narraciones literarias, tan presentes en la transmisión del pasado, la Historia como disciplina científica presentaba una “*forma espiritual*”, signo de su singularidad, que superaba la distinción positivista entre “investigar la historia” (ciencia) y “escribir la historia” (historiografía)¹². Ello explicaba que cada cultura, local o global, tenía que reputar su historia como verdadera en función de los postulados propios de su “*conciencia cultural*”, como grupo más o menos cohesionado, o refutarla al comprobar el valor relativo de sus mismas creaciones culturales en la vida diaria de sus ciudadanos. O sea, entender la Historia desde la cultura humana.

Aquí radica la singularidad de la ciencia histórica. Asimismo, Wilhelm Dilthey [1833-1911] distinguía entre las ciencias naturales y las “*ciencias del espíritu*”, donde se encontraba, lógicamente, la Historia. La “*irracionalidad del mundo*” histórico, con sus múltiples creaciones culturales, no podía ser medida con los esquemas de las ciencias naturales, ya “*que su objeto nos es accesible mediante la actitud fundada en la conexión, de vidas, expresión y comprensión*”¹³. Es decir, racionalizar en la Historia la supuesta irracionalidad de los actos humanos.

Así pues, la cultura científica actual debe pretender la comprensión racional de la pluralidad de hechos históricos (como creaciones culturales y manifestaciones espirituales) y de las formas de hacer la Historia. Debe “*rendir cuentas*” de las creaciones culturales del pasado, exponentes del *espíritu de un pueblo*, de la “conciencia histórica” que es parte integrante de su cultura y que da sentido y significado, que “objetiva”, en suma, sus manifestaciones materiales y mentales (el componente “subjetivo”); porque en la Historia dos y dos no siempre son cuatro. Y para ello, nada mejor que definir el punto epistemológico de partida (el concepto de la Historia), y alcanzar una provisional definición científica de su propia disciplina. Esta es la primera tarea del trabajo del historiador.

1.1.1. El concepto de la Historia.

La palabra Historia se usa, en nuestro idioma, para definir dos conceptos distintos pero interrelacionados: en primer lugar, el hecho sucedido o “pasado”, y en segundo lugar, el conocimiento científico del mismo; en alemán, esta distinción se materializa en estos dos términos: *Geschichte* e *Historie* (así como en inglés, entre *story* e *history*). Pero esta división, es superada, a efectos

¹² Johan Huizinga, “En torno a la definición del concepto de historia”, en *El concepto de historia y otros ensayos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1946, pp. 95-97.

¹³ W. Dilthey, *El mundo histórico*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 107-108.

didácticos con el desarrollo de la historiografía o ciencia de la Historia. Por medio de ella, el historiador realiza el siguiente proceso:

1. selecciona de la plenitud del “pasado” (suceder, acontecer) aquellos datos, hechos o acontecimientos que necesita para explicar un tema planteado.
2. orienta su investigación bajo el sentido que marca las tendencias vitales de su propio tiempo, como herencias del pasado, como posibilidades del presente y como expectativas de futuro.
3. demuestra como la experiencia histórica básica para el estudio no es poseída *a priori*, sino que se va formando *a posteriori* conforme avanza el curso de la investigación.

Este proceso historiográfico sitúa así el concepto de la Historia como ciencia radicalmente actual: la selección entre los acontecimientos pasados de aquellos que, en su opinión, permiten reconstruir los orígenes o la imagen previa de una tesis presente. Es decir, busca en el pasado los testimonios de los hechos que han influido en la evolución cultural de la Humanidad (desde el plano local al general, del individual al colectivo). La Historia se ocupa, así, no de todos los acontecimientos del pasado, sino de aquellos “hechos históricos” que necesita para explicar el interés y la justificación de su investigación; es decir, “*elige solamente aquellos que se relacionan específicamente con su trabajo*”¹⁴.

La realidad de la historiografía remite a la tesis “presentista” que apuntó Benedetto Croce [1866-1952]: “*solo un interés de la vida presente puede mover a indagar sobre un hecho pasado; el cual, en cuanto se identifica con un interés de la vida presente, no responde a un interés pasado, sino presente*”¹⁵. El historiador, como hijo de su tiempo, no realiza un simple estudio objetivo del pasado (sin negar las virtudes de la *Wertfreiheit* weberiana), sino que afronta el conocimiento del presente a través del pasado (demostrando la realidad de la historia como, “maestra de la vida”, como la citada *magistra vitae*). Por ello, si el tiempo presenta cambios, también se modifican las preguntas que el hombre y el historiador realizan al pasado. Esta es la razón por la cual cada generación necesita rehacer constantemente su Historia, ya que las respuestas dadas por las generaciones anteriores ya no satisfacen las cuestiones que en ese nuevo momento se plantean. Así se explica el interés marcado que advertimos por las nuevas generaciones hacia la Historia económica y social, tecnológica y

¹⁴ Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*. Pamplona, Eunsa 1981 [1ª edición 1968], pp. 14-15

¹⁵ B. Croce, *Teoria e storia della storiografia*. Bari, Riveduta, 1943, pp. 4 y 5.

medioambiental; no constituye una simple moda, sino una necesidad: los problemas que afectan al tiempo presente son de esa misma naturaleza¹⁶.

El proceso historiográfico es realizado por hombres que viven y sufren el momento en el que escriben o bajo el que investigan. Por ello determina, como hemos visto, el concepto de Historia, realizando un trabajo continuo de naturaleza científica, que alimenta los rasgos de la *conciencia histórica* de cada generación, y sirve de plataforma intelectual para la siguiente etapa de investigación. Un proceso que permite, a la vez, aprehender los datos, comprender los hechos, y explicar el pasado, pero siempre desde un “subjetivismo histórico” que demuestra irrelevantes las pretensiones objetivistas del positivismo y del materialismo. Como señalaba Luis Suárez, “ningún historiador puede aspirar a contemplar su campo de investigación desde fuera de él, pues, como hombre, se halla implicado en la Historia”¹⁷.

Ahora bien, esta interrelación subjetiva entre el Historiador y su tiempo, entre pasado y presente, es un verdadero “hecho objetivo”. La concepción filosófica predominante en una generación determina, como ejemplo o como reacción, tanto la labor de reconstrucción historiográfica, como el mismo concepto de *acontecer histórico*. Este movimiento variable y evolutivo de las interpretaciones atestigüa el carácter científico de la Historia; pero no una ciencia meramente positiva, limitada a descubrir un orden lógico de conocimientos históricos objetivos, sino una ciencia esencialmente humana, cifrada sobre la ordenación sistemática de verdades sobre el pasado, planteadas éstas bajo ciertas hipótesis de trabajo indemostrables *a priori*. Pese a que “la Historia se escriba en un orden cronológico directo –apuntaba Suárez-, de antiguo a moderno, se investiga a la inversa, es decir, de moderno a antiguo”¹⁸.

1.1.2. La definición científica de la Historia.

La ciencia histórica aparece, pues, como una de las maneras empíricas de estudiar la evolución social y cultural de la actividad ser humano, respecto al mundo material y espiritual que le rodea. Y como toda ciencia pretende conocer su objeto de atención mediante una serie de instrumentos y una serie de leyes, a través de las cuales selecciona, ordena, almacena y expone los “hechos históricos”. Ahora bien, la Historia busca respuestas en el pasado a preguntas que se plantea, previamente, en el presente sobre un *hecho histórico* que, en teoría, le es desconocido.

Ésta es, pues, la duda epistemológica de partida del historiador. Y el método para resolverlas comienza con la serie de preguntas planteadas, obligatoriamente

¹⁶ Edward H. Carr. *¿Qué es la Historia?*. Barcelona, Ariel, 1985.

¹⁷ Luis Suárez, *op.cit*, p. 17.

¹⁸ Luis Suárez, *op.cit*, p. 18.

generadas desde el presente, y sometidas, por ello, al criterio subjetivo de la persona y del tiempo. Así la historia aparece como el medio en el que una sociedad, una cultura, rinde cuentas a su pasado inmediato o remoto¹⁹.

Sobre estos criterios podemos avanzar una definición general, y por ello sometida a revisiones de todo tipo, sobre la *Historia como ciencia*. Hay que advertir, además, que el concepto de Historia que aquí perseguimos ha evolucionado en el transcurso del tiempo y es tan plural como tantos autores se han dedicado a definirlo: J. Huizinga integraba su realidad como ciencia en un “espíritu” cultural más amplio, J.A. Maravall [1911-1986] la definía como “*una ciencia que tiene, como cualquiera otra, sus principios propios, y según ellos, se nos muestra dentro de un sistema determinado de relaciones, válida en una esfera de hechos de la experiencia humana*”²⁰; para Henri Irene Marrou [1904-1977] aparecía como “*el conocimiento del pasado humano*” más allá de su evolución biológica²¹; Wilhelm Bauer situaba a la Historia como “*la ciencia que trata de describir, explicar y comprender los fenómenos de la vida, en cuanto se trata de los cambios que lleva consigo la situación de los hombres en los distintos conjuntos sociales*”²²; e incluso Paul Veyne [1930-] negaba la misma realidad científica de la Historia al considerarla simple “*relato*”²³.

Por ello, nos aventuramos a delimitar la Historia, en su plena singularidad, como una ciencia que estudia, a través de una serie de técnicas documentales y por medio de un lenguaje historiográfico específico, hechos pretéritos que influyen en el presente inmediato y condicionan el futuro inminente, previamente seleccionados en función de un paradigma teórico de referencia y del sistema de creencias propio del tiempo histórico. Al respecto de la definición de la Historia, Luis Suárez señalaba que “*ésta trata de enlazar presente y pasado para someterlos a un orden lógico unitario, explicando el presente por el pasado y el pasado por el presente*”, mostrando su singularidad científica al abordar “*una dimensión humana esencial: el tiempo*”²⁴.

El objetivo confesable de todos los historiadores ha consistido en recopilar, registrar e intentar analizar hechos del pasado del hombre (de manera parcial o

¹⁹ *Ídem*, pp.16-17.

²⁰ A ello unía que “*hay grandes historiadores que renuncian a mantener el carácter científico de su trabajo por falta de claridad acerca de los fundamentos epistemológicos sobre los que operan*”, pero “*este déficit no viene propiamente de la historia sino que deriva precisamente de la lógica*”. Por ello, y frente al método propio de las ciencias experimentales, el “*trabajo histórico no puede consistir en definir y clasificar de una vez para siempre, estáticamente, en términos absolutos, los hechos históricos, sino en establecer el sistema de relaciones de un hecho dentro de un campo o de una estructura histórica*”. Véase José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico*. Madrid, Revista de Occidente, 3ª ed., 1967, pp. 59-71.

²¹ Henri Irene Marrou, *El conocimiento histórico*. Barcelona, Labor, 1968, pp. 27-29.

²² Wilhelm Bauer, *Introducción al estudio de la Historia*. Barcelona, Bosch, 1970, pp. 38-39.

²³ Paul Veyne, *Como se escribe la historia*. Madrid, 1984, pp. 117-118

²⁴ Luis Suárez, *op.cit.*, pp. 15-16

total) y, en ocasiones, descubrir acontecimientos ocultos en la memoria o en los restos documentales materiales. Pero el fin inconfesable de los profesionales de la ciencia histórica se ha situado, siempre, en controlar y definir la variable del tiempo; no del tiempo cronológico, medible en términos físico-matemáticos, sino del “tiempo histórico” propiamente humano, que conecta las experiencias que se dieron en el pasado y las posibilidades que se presentaron en el presente. Esta es la clave que distingue a la “ciencia histórica”, y que se cifra en tres grandes presupuestos:

- a. retrospectiva: las experiencias generadas en el pasado en función del grado y tipo de libertad humana, individual y colectiva.
- b. perspectiva: las posibilidades de actuación que el pasado abre en la actividad cultural y social de las comunidades humanas.
- c. prospectiva: las expectativas generadas por las experiencias pretéritas, las posibilidades presentes, y los deseos futuros.

El *tiempo* otorga, pues, una esencia gneosológica y una especificidad metodológica a la ciencia histórica. Ésta se construye sobre documentos y testimonios, ruinas y vestigios, monumentos y obras culturales supuestamente objetivas; unas *reliquias* creadas por el “genio” de cada generación y modeladas por el sistema de creencias vigente en la misma. Pero estas reliquias no presentan una realidad ontológica; no existen más que por el reconocimiento material del historiador de su significado pretérito y de su consistencia presente. El historiador realiza, a modo de abstracción, una “*resurrección vital*” de las mismas, de su signo y de su función, pero siempre bajo las coordenadas culturales del espacio y del tiempo propios del historiador, e incluso desde la *predictividad del futuro* que suele asociarse, comúnmente, a la tarea historiográfica²⁵.

Así, el tiempo une las dimensiones *fenoménica* y *teórica* de la ciencia histórica: el análisis gnoseológico del significado de las reliquias en el conjunto de la construcción histórica, y en el análisis de los procedimientos de construcción. El *pasado* será, para la ciencia histórica, el reflejo del *presente* (el reflejo de las reliquias obtenidas) y el presente, recíprocamente, el reflejo de ese pasado reconstruido. Por ello, la función esencial de la Historia como ciencia se sitúa en la construcción científica de los *hechos históricos*, que convierten las reliquias (el

²⁵ A este respecto, “*la Histórica*”, en el razonamiento de Koselleck, es una realidad autónoma respecto a la hermenéutica, es decir, respecto al lenguaje y los textos. No se trataría de comprender el mundo a través de los discursos, base de la hermenéutica, sino de ahondar en lo prelingüístico y extralingüístico, en la realidad misma. Partiendo del análisis heideggeriano y *superándolo*, Koselleck afirma poder determinar una serie de elementos liberados de la lingüisticidad, lo que él denomina *condiciones transcendentales de las posibles historias*. Véase Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1977, pp. 69 sq.

reflejo) en pasado (lo reflejado), a través de un orden lógico determinado por la variable *tiempo* y sobre los valores presentes en la reconstrucción del pasado.

Podemos señalar los cuatro grandes campos temáticos donde se ha desarrollado tradicionalmente la ciencia histórica; campos genéricos, que en muchas investigaciones aparecen interrelacionados, y que cuentan con el apoyo del instrumental de las ciencias auxiliares específicas para la Historia:

- a) La Política: estudio de las instituciones y conflictos en periodos determinados, bien explicados sincrónicamente o bien analizados de manera diacrónica, contando con las instrucciones teóricas de la Ciencia política, de la Geografía política o del Derecho político.
- b) La Cultura: análisis de las ideas y creencias de los pueblos, en especial del papel de la religión, de las ideologías y las mitologías culturales, con la ayuda de la antropología, la filología, la filosofía o la misma teología.
- c) La Economía: investigación sobre las condiciones materiales de la existencia humana, entendidas bien cuantitativa bien cualitativamente, con el recurso a la Economía política, la Demografía, o la Cliometría.
- d) La Sociedad: estudio de las estructuras, movimientos y relaciones de las diversas organizaciones sociales, a través de la sociología, de la pedagogía o de la Política Social.

1. 2. LA HISTORIOGRAFÍA: EL METODO CIÉNTIFICO.

Teorizar es uno de los imperativos básicos de la Historia entendida como disciplina científica. Al intentar reconstruir desde el presente dimensiones de la memoria histórica contemporánea, necesitamos plantear *hipótesis históricas* basadas en dudas epistemológicas más o menos sostenibles, en *hechos históricos potencialmente* documentables, sustentados en procesos de investigación empíricos perfectamente definidos, y orientadas a obtener teorías explicativas de este hecho histórico objeto de nuestro interés y preocupación.

Y estas teorías interpretativas deben basarse en instrumentos conceptuales, en categorías de interpretación fundamentadas que den a la opinión pública, a la institución académica y al propio proceso histórico-científico nuevas visiones sobre los fenómenos históricos que han presidido nuestros dos últimos siglos. Frente a las visiones ideológicas y los juicios morales que deforman la comprensión retrospectiva, la *ciencia histórica* tiene el imperativo axiológico de mostrar los hechos tal como los esbozaron sus protagonistas, no como la

soñamos o los “necesitamos” los historiadores actuales, tanto los datos empíricos como la mitología interpretativa²⁶.

De esta necesidad surge la *historiografía* o lenguaje histórico (del griego Ιστοριογράφος, y especialmente de la raíz de γράφειν, *escribir: el que escribe, o describe, la Historia*). Tomando como referencia la definición del diccionario de Bescherelle (1845), el “*arte de escribir la historia*”, podemos concretar la historiografía como el registro escrito de la Historia a través de una metodología concreta, de unas categorías temporales determinadas, de unos conceptos propios y de un lenguaje destinado a explicar el tiempo histórico; o en su sentido más concreto, podría ser la manera y el sentido en que la Historia se ha escrito y se escribe.

1.2.1. Los conceptos en la Historia.

El “concepto histórico” es el primer instrumento teórico de la Historia como ciencia. Resulta la fórmula intelectual con la que damos sentido y significado a los hechos históricos seleccionados e investigados, objetivando el contenido subjetivo de los mismos.

Este concepto presenta, como señala Koselleck, tres principios básicos: 1) la pluralidad histórica de funciones, asociada a los usos públicos del lenguaje; 2) la idea de que el surgimiento de la distinción “entre antiguo y moderno” fue el auténtico umbral de revolución del léxico político contemporáneo (entre el siglo XVIII y XIX): y 3) la tesis de que un cambio conceptual está inserto en un cambio de estructuras político-sociales de referencia²⁷.

Esta aseveración pluralista justifica el paradigma de la “Historia de los conceptos” y su afirmación de la temporalidad de los propios conceptos como formaciones intelectuales de cada tiempo y lugar. Bajo este paradigma, los conceptos históricos muestran su vinculación con un determinado conjunto de creencias y con un época concreta, fuera de los cuales pierde su significación originaria. Sobre este aspecto, Penzi y Ruiz Ibáñez apuntaban que:

“uno de los problemas ejes de la aproximación a los términos de la época por parte del historiador es la diversa concepción que de ellos tuvieron sus contemporáneos. Por ello, buscar una genealogía lineal de los mismos solo se puede hacer al coste de dar un sentido tan finalista como determinista de

²⁶ Matizando la posición de Fernando García de Cortazar, la historia no tiene la misión, pese a la aclamación generalizada, de descifrar o destruir los mitos que supuestamente la deforman y la ocultan, sino de conocerlos e integrarlos en la reconstrucción documental. Los mitos son parte de nuestra memoria colectiva, de nuestro ideario individual y nacional; reflejan nuestros valores y creencias, nuestro espíritu y nuestra conciencia. Fernando García de Cortazar, *Los mitos de la Historia de España*. Barcelona, Planeta, 2003, pp. 15-20.

²⁷ Rebatidos por Sandro Chignola, “Sobre el concepto de Historia”, en *Ayer*, nº 53, Marcial Pons ed., 2004 pp. 75-95.

*su evolución, lo que suele significar la asunción por parte del historiador de la acepción que dicho concepto hizo una parte de los agentes en liza*²⁸.

Cada concepto presenta, por ello, una mutación de su significado según su contexto de enunciación. Koselleck negaba validez a toda narración histórica sobre una idea determinada, basada en simples abstracciones y construida bajo la mera recurrencia terminológica (como la “*historia de la democracia*”, desde la Grecia clásica a las Democracias de Postdam). Al contrario, señalaba que los conceptos históricos no estaban dotados de una entidad fija e inmutable al acontecer; para el historiador germano no existía un núcleo esencial conceptual que se mantuviera inalterado, por debajo de los cambios de sentido que se les imponían. En este proceso, el historiador debía tratar de descubrir los múltiples significados conceptuales en su particular contexto histórico, para usarlos de manera correcta ante los vestigios, los testimonios y las pervivencias²⁹.

“¿Hasta qué punto era común el uso del término? ¿Su sentido era objeto de disputa? ¿Cuál era el espectro social de su uso? ¿En qué contextos aparece? ¿Con qué términos aparece ligado, ya sea como complemento o su opuesto? ¿Quién usa el término, para qué propósitos, a quién se dirige? ¿Por cuánto tiempo estuvo en uso? ¿Cuál es el valor del término dentro de la estructura del lenguaje político y social de la época? ¿Con qué otros términos se superponen? ¿Converge con el tiempo con otros términos?”. Estas son y serán las primeras preguntas; su respuesta nos invita a descubrir y comprender el sentido y significado de cada concepto en la Historia, ayudando a delimitar la investigación sobre el itinerario de cada uno de los hechos históricos planteados

²⁸ Marco Penzi y José Javier Ruíz Ibáñez, “Ius populi supra regem. Concepciones y usos políticos del pueblo en la Liga radical católica francesa (1580-1610)”, en *Historia contemporánea*, n° 26, 2004, pp. 111-145.

²⁹ Lo que articula un concepto -sostiene Koselleck- es el “*entretejido particular de experiencias históricas que se encuentran en él sedimentadas*”, el cual se pretende reconstruir. De esta manera, todo concepto histórico se desprende, eso sí parcialmente, del término o idea dados, desplegando complejas y cambiantes configuraciones categoriales que conforman redes semánticas. El corporativismo, por ejemplo, en tanto concepto, integraba y comprendía, a su vez, un conjunto de nociones diversas propias del campo social, del político o del económico), lo que le confiere un carácter inevitablemente plurívoco. Ante la “*plurivocidad*” sincrónica de todo concepto histórico, el historiador debe reconstruir sus elementos comunes y sus fundamentos diacrónicos en su emergente “*malla de significados*”, tejida a lo largo de su misma historia. Ello nos muestra como en un concepto se encuentran depositados sentidos correspondientes a épocas y circunstancias de enunciación diversas, los que se ponen en juego en cada uno de sus usos efectivos. Así, todo auténtico concepto vuelve así sincrónico lo diacrónico. Esto es, justamente, lo que distingue y confiere relevancia al lenguaje en tanto objeto cultural. En él se esconde una clave para recomponer experiencias históricas pasadas sin cuya consideración todo análisis sería inevitablemente deficiente. Véase Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Ed. Paidós, 2001, pp. 9-10.

desde el presente, e integrando lo objetivo y lo subjetivo en el discurso espacio-temporal³⁰.

1.2.2. El método historiográfico: las claves del conocimiento.

La historiografía constituye, es segundo lugar, el conjunto de técnicas y métodos de investigación e interpretación propuestos para describir los *hechos históricos* acontecidos. Concreta, pues, el método científico de la Historia, a partir de la conceptualización de los hechos registrados, y a través de un procedimiento compuesto por tres grandes elementos:

1. *Heurística* (tesis) o recopilación de las fuentes necesarias para documentar un modelo previo de investigación (una hipótesis), determinado por intereses del presente (individuales o colectivos, científicos o ideológicos, etc).
2. *Crítica* (antítesis) o análisis evaluativo del contenido de las fuentes, evaluando la veracidad, realidad e interpretaciones de las mismas.
3. *Hermenéutica* (síntesis) o interpretación en que se relacionan los datos y las informaciones dentro del marco general del que partió la investigación, intentando describir las causas y con las consecuencias de los hechos históricos analizados.

a) La persona: el significado de las fuentes históricas.

Una fuente histórica es todo objeto, documento o evidencia material que contiene o conlleva información útil para el análisis histórico, y que deben ser tratadas con el respeto a su origen a través de su “*cita fiel*” (referencia exacta). Pero estas fuentes nos remiten, siempre, a la persona, elemento central de la Historia, quién diseña, crea, destruye y hereda las mismas. De él decía Ortega que es, ante todo, “*un ser histórico*”, ya que el recordar es la interpretación de nuestra vida, de los que hemos sido, y la influencia decisiva de nuestro “*ahora*”³¹.

Las fuentes nos informan, así, sobre la forma de pensar y de actuar de las personas, individual y colectivamente, y nos introducen en el significado de las elecciones de los protagonistas del hecho histórico, así como de los historiadores que se ocupan de los mismos. Por ello, las fuentes históricas se pueden clasificar en primer lugar, y en función de su origen, como *fuentes primarias* o directas, *fuentes secundarias* o indirectas, o *fuentes terciarias*:

1. Las fuentes primarias se caracterizan porque en su creación original no hay participación de los historiadores, y porque remiten directamente a

³⁰ *Ídem*, p. 11

³¹ José Ortega y Gasset, *Kant, Hegel, Dilthey*. Madrid, Revista de Occidente, 1965, pp. 178-179.

testimonios de los sujetos protagonistas, pública o anónimamente, de cada tiempo histórico. A modo de ejemplo podemos señalar los restos arqueológicos, las crónicas oficiales, la literatura de la época, los monumentos, ect.. Aunque hay que señalar que la identificación y selección de las mismas como fuentes primarias responde, como es obvio, al interés científico “subjetivo” del historiador, quién las delimita y les da el significado preciso para su investigación.

2. Las fuentes secundarias son los estudios realizados por historiadores posteriores al hecho histórico estudiado, procedentes de diversas fuentes primarias o de similares estudios indirectos (aquí encontramos libros de Historia, biografías, e incluso la novela histórica).

3. Las fuentes terciarias son la selección, compilación y resumen de fuentes directas (material de primera mano relativo a un hecho histórico) e indirectas (análisis interpretación o crítica fundadas en testimonios primarios). Entre ellas destacan las bibliografías, enciclopedias, libros de texto, los catálogos de biblioteca, etc.

Estas mismas fuentes en la reconstrucción historiográfica pueden ser clasificadas, asimismo, a partir del soporte material (o formato) que contiene la información históricamente relevante: documentales, narrativas, audiovisuales, estadísticas, iconográficas, artísticas, orales, etc. En este punto hay que señalar que todo resto cultural generado en el pasado y aún existente en el presente (en sus repercusiones materiales y espirituales), las “*reliquias del pasado*”, puede ser objeto de uso científico por el historiador, mostrando con ello la presencia de la ciencia histórica en el conocimiento del pasado de toda disciplina científica (la Historia de la Medicina, por ejemplo), de toda comunidad humana (como las raíces de una familia) y de toda especialidad técnica (los orígenes del mundo informático, tan en boga en los últimos años).

Pero el análisis de las fuentes debe afrontar una cuestión clave ¿documentación histórica o producción historiográfica?. Una cuestión epistemológica que remite a la pluralidad de visiones presentes en los protagonistas directos del hecho histórico, y a los presupuestos de partida del historiador; es decir, a la dialéctica presente en toda reconstrucción historiográfica: *objetividad* (pretensión a una neutralidad axiológica en el conocimiento de los hechos históricos) y *subjetividad* (reconocimiento de los intereses, ideologías y limitaciones de éste).

La selección y tratamiento de las fuentes documentales y materiales, así como la producción histórica paralela, corren el mismo camino: la interrelación entre las exigencias de *objetividad científica*, a la hora de elegir y narrar los testimonios necesarios para la reconstrucción historiográfica (y que determina su método y su teorización), y la necesidad de reconocer la *subjetividad cultural* presente en

diversas posibilidades que hicieron de una manera, y no de otra, los hechos históricos (fundadas en múltiples intereses, creencias y valores).

Así, la *singularidad de la ciencia histórica* se demuestra, con las fuentes como testigo, con la integración del método científico y la problematización filosófica, de las posibilidades en la tarea del historiador y en las posibilidades abiertas por los testimonios de sus antepasados. Porque la persona es la fuente; la Historia no solo se conoce por teóricas fuerzas anónimas, a modo de leyes naturales, sino especialmente, por lo que los hombres hicieron o dejaron de hacer, y sobre todo por qué quisieron o pudieron hacerlo o no.

b) El tiempo histórico.

El *tiempo*, como cambio o evolución, cronológica o “vitalmente”, es el segundo elemento central la reconstrucción historiográfica. A través de esta categoría, la Historia sitúa los hechos matemática y espiritualmente, y explica su impacto en el presente (como experiencias) y en el futuro (como expectativas).

Un tiempo determinado por el desarrollo material y espiritual de las culturas humanas, desigual en su *ritmo histórico* desde finales de la prehistoria (“la revolución neolítica”), categorizado en *periodos históricos* (determinados en gran medida por la civilización cristiana y occidental), y cifrado, en términos de filosofía de la historia, por la *dinámica histórica* (cambio y continuidad, movimientos³² o crisis, tendencias de progreso o reacción, procesos lineales o cíclicos, e incluso aceleración o despegue)³³.

³² El barón Lorenz von Stein [1815-1890] sistematizaba la idea de “*movimiento histórico*”, a través de su estudio de la *época de los movimientos sociales*, caracterizada por el devenir de la cuestión social europea y la emergencia asociada del “*Estado Total Pluralista*”; notas esenciales del fenómeno del “*hundimiento de la idea autónoma de Estado en la sociedad y su orden significa la muerte de la comunidad*”. En este contexto histórico, esbozó una concepción de la dialéctica sociedad y del Estado, sujetos ontologizados e interrelacionados, de la cual debía de surgir el instrumento capaz de superar o atemperar la capacidad limitada del ser humano (frente a sus deseos ilimitados). El pluralismo humano concebido como comunidad (*Gemeinschaft*), y representada en último instancia por el Estado, se oponía al concebido como sociedad (*Gesellschaft*), planteando diferentes modelos de asistencia al colectivo y al individuo. Esta última, sociedad “utilitaria” donde la posición de los individuos está determinada por la propiedad, se articulaba en función del trabajo (*Arbeit*), y estructurada finalmente por esa *dialéctica Sociedad- Estado*. De ella nacía una Política social científica necesariamente volcada a la protección del trabajador y al acceso a la propiedad. Véase Lorenz von Stein, *Movimientos sociales y Monarquía*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, pp. 81-82.

³³ Mihail Manoilescu [1891-1950] subrayaba la influencia recíproca entre ideas y hechos en la evolución de los pueblos. La elección y selección colectiva de las ideas, como elaboraciones individuales, dependía en cada época se de los intereses y necesidades de convivencia o lucha de dicha colectividad, “conforme a su instinto, a sus intereses históricos”, haciendo de ellas “un patrimonio común” y un “arma” al servicio de la Nación, y un “medio de salvación”. Su elección las convertían en “la expresión lógica de una nueva fase histórica” producto de la “intuición general de algunos hombres filtrada por el instinto de los pueblos”. La libre voluntad creativa y electiva de cada pueblo demostraba el carácter orgánico de la evolución social humana, que obligaba a respetar los

Tradicionalmente se ha venido distinguiendo entre tiempo circular y tiempo lineal, respecto a la evolución de los pueblos y civilizaciones. El primer tiempo sería el propio de las comunidades prehistóricas o de ciertas civilizaciones orientales (de Persia a la misma Grecia clásica); en ellas, el presente solo conducía a retornar al momento ideal originario o previo, como una repetición continua y cíclica del propio pasado³⁴. El segundo tiempo respondería a los pueblos de raíz judeocristiana, tendentes a caminar y progresar hacia un futuro que conlleva una promesa de plenitud; son pueblos que comienzan a reflexionar sobre su propio pasado, a integrar su “*conciencia histórica*” en la actividad del presente.

Junto a esta clasificación, podemos apuntar la teoría de los posibles *niveles del tiempo* histórico desarrollada por Fernand Braudel:

- la larga duración o nivel de la *estructura*, cuya estabilidad es muy grande,
- la media duración o *coyuntura* (estadio intermedio, en que el cambio es perceptible), y
- la corta duración o *acontecimiento* (más visible pero lo menos significativo, y que habría sido el enfoque temporal más habitual).

Respecto a la *periodización* de este “tiempo”, persiste la división en periodos clásicos la Historia de la Civilización Occidental; basada en los términos acuñados por Cristóbal Celarius [1638-1707] en su obra *Historia Antigua* (1685): Edades Antigua, Media y Moderna; o por siglos, reinados y regímenes políticos (Anales, Crónicas, Arcontología³⁵); pero se completa con nuevas categorías de interpretación histórica, a nivel universal (era de la globalización, guerra fría, época de la Política Social, etc) o local, y centradas en el impacto cultural y espiritual del desarrollo material, institucional y espiritual en las sociedades humanas.

Para esta periodización resulta necesaria la aplicación de la Cronología, ciencia auxiliar de la Historia. Mediante el *tratamiento cronológico* del tiempo, si bien en un inicio se alcanza una secuencia narrativa del proceso histórico, a nivel general o parcial (datación cuantitativa), en segundo lugar permite enlazar las

procesos evolutivo naturales, permitía la introducción de una progresiva “iniciativa de transformación social ejercida por las individualidades capaces de comprender la evolución y de influenciarla” (evolución con un “ritmo natural”, avivado por ciertos factores socioeconómicos que imprimen una “evolución precipitada”). En esta época, el “imperativo de la adaptación” obligaba a que los pueblos a comprende las ideas centrales y sus manifestaciones, ya que si no, se puede “morir, sin saber porque”. Además, llegaba a afirmar que era “el instinto de conservación de la especie quién guía la elección”, es este caso sobre el corporativismo. Véase M. Manoilescu, *El Siglo del Corporativismo*. Santiago de Chile, Ed. El Chileno, 1941, pp. 13-15

³⁴ Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno*. Madrid, 1972, pp. 29-30.

³⁵ Listas de reyes y dirigentes, aún vigente a nivel historiográfico.

causas pasadas con los efectos en el presente y las perspectivas en el futuro (datación cualitativa).

Pero existen dos tipos de tratamiento para estudiar y situar temporalmente el hecho histórico, en función de su evolución lineal (diacrónico) o en base a un momento concreto en varios planos o lugares (sincrónico); aunque hay que señalar, como ejemplo, que James Frazer [1854-1941] superó esta división genérica al utilizar ambos tratamientos en su obra antropológica capital, *La rama dorada*, 1890-1922:

1. El tratamiento diacrónico estudia la evolución temporal de un hecho desde su génesis hasta su ocaso.
2. El tratamiento sincrónico analiza el hecho histórico en un momento determinado, en varios planos o lugares tiempo pero en diferentes planos.

c) El espacio: lugares en la Historia.

En Historia podemos entender el espacio como el lugar físico donde se ha desarrollado el “*hecho objeto de estudio*” y que es objeto de atención del historiador, aplicando los dos criterios historiográficos antes señalados (persona y tiempo). Un espacio conceptualizado por el historiador, a efectos de investigación, de múltiples maneras (unidades políticas, regiones geográficas, espacios geopolíticos) o por diversos factores (economía, sociología, etc.); pero que también era representado por nuestros antepasados de manera plural, en función de sus posiciones personales al respecto (la imagen de su pueblo natal o sobre su país) o de la visión sobre el mismo de la comunidad de referencia (procesos de construcción nacional, periodos bélicos internos y externos).

El papel del espacio físico en la investigación histórica es, por tanto, esencial. Es el escenario que determinó el nacimiento o desarrollo de un hecho histórico, o que fue determinado por la acción material y espiritual del ser humano a través de ese hecho. Las condiciones biológicas, climatológicas, geológicas, hídricas, económicas o geográficas, han determinado, históricamente, no sólo el asentamiento de una población y su desarrollo socioeconómico o cultural; también la respuesta de la misma al “medio ambiente” ha contribuido a modelar su mentalidad, el conjunto de creencias e ideales que dan sentido a su existencia individual o colectiva, a través de toda una serie de significaciones y representaciones mentales del papel del espacio, que les rodea o donde han nacido, en sus propias vidas (los procesos de emigración interna o transnacional muestran el alcance de estas representaciones sobre el significado del espacio, tanto en su dimensión estática –lugar- como dinámica –movimiento-).

Por ello, el historiador debe valorar, cuantitativa y cualitativamente, el impacto del espacio en la configuración del *hecho histórico*: la relación del hombre con el entorno, con el medio, con el espacio, y las posibilidades materiales (lo que la

tierra da) y espirituales (lo que la tierra quita) dadas por ella en el pasado, presente y futuro de la Historia de un pueblo.

1.3. LA HISTORIOLOGÍA: LA TEORÍA EXPLICATIVA.

Toda ciencia necesita determinar el repertorio de ideas básicas sobre la Historia a partir de las cuales puede enfocar y dirigir, desde el presente, su tarea científica. Este repertorio sitúa las bases teóricas de la Historia, como fuente de conocimiento, en una “Teoría de la Historia” o *historiología* (término acuñado por José Ortega y Gasset), centrada en estudiar *la estructura, leyes y condiciones de la realidad histórica*.

La historiología es, pues, la pretensión a teorizar sobre la Historia, tanto a nivel general (epistemológico) como específico (fenomenológico), sobre unos presupuestos previos, generados en el plano de la filosofía de la Historia. Así nos encontramos con un conjunto de explicaciones, métodos y teorías sobre la naturaleza y contenido de los hechos históricos. Nos dan paradigmas sobre los que partir nuestro trabajo.

Constituye, de esta manera, una “*teoría de la interpretación histórica*”, que establece las condiciones previas en las que se da toda interpretación del hecho en sus coordenadas espaciales y temporales; una construcción necesaria para llegar a la comprensión de los “*hechos mismos*”, revisando las nociones de temporalidad y de espacio, sobre las que se asienta el historiador para fundar la perspectiva desde donde observa o describe. De esta manera se pueden establecer elementos comunes y categorías compartidas desde las cuales enlazar la experiencia del pasado y la perspectiva del presente, capaces de permitir comparaciones sobre las posibles semejanzas y las diferencias sustanciales entre ambas posiciones o momentos históricos.

En su ensayo *La Filosofía de la Historia de Hegel y la Historiología*, José Ortega y Gasset señalaba que frente a la dominante consideración de la filosofía de la ciencia como un simple estudio dentro del método científico, esta presentaba una entidad propia como ciencia, ya “*que la ciencia es lo que sea su método*”³⁶. Por ello, Ortega subrayaba la distinción entre ciencia y método, siendo este un simple instrumento subsidiario. La ciencia necesitaba de un método, pero la ciencia empieza donde el método acababa.

Todo método predetermina, de alguna manera, la relación entre el científico y los objetos que estudia, hecho que puede llevar a una mecanización de su labor investigadora. Si el método se substantiva y se independiza del objeto de estudio, la ciencia, en tanto que conocimiento que busca explicar la realidad

³⁶ J. Ortega y Gasset, “La Filosofía de la Historia de Hegel y la historiología”, en *Obras completas*, vol. IV. Madrid, Alianza ed., 1983, pp. 533-534.

aproximándose lo más posible a la verdad, debe usar el método que considere más apropiado, pero nunca supeditarse a él. Son necesarias, por tanto las teorías.

Por ello, la verdad científica debe liberarse de las condiciones impuestas por el tipo de racionalidad físico-matemática; así las ciencias del hombre quedan libres para buscar la metodología que sea apropiada a su objeto de estudio, aceptando que constituyen un orden de conocimiento distinto. En este sentido la concepción epistemológica de las ciencias humanas de Ortega sitúa el objeto de estudio de la Historia “*la realidad más radical, nuestra vida*”. Teorías ligadas a la creación intelectual y a la opinión humana.

El objetivo cardinal de la ciencia histórica en el plano teórico se sitúa, así, en “*comprender*” el pasado desde las preguntas que se nos plantean en el presente; es decir, comprender el “*tiempo histórico*” a partir de categorías interpretativas que reflejen los valores y creencias tanto de los personajes del pasado como de los historiadores del presente:

*"El comprender es el conocer más perfecto que nos es humanamente posible. Por eso se realiza inmediata, súbitamente, sin que tengamos conciencia del mecanismo lógico que allí funciona. Por ello el acto de la comprensión es como una intuición inmediata, como un acto creador, como una chispa de luz entre dos cuerpos electróforos, como un acto de la concepción...El comprender es el acto más humano del ser humano, y todo quehacer verdaderamente humano se basa en la comprensión, busca comprensión, encuentra comprensión. El comprender es el lazo más estrecho entre los hombres y la base de todo ser moral"*³⁷.

Para clarificar este apartado, en primer lugar debemos abordar las claves teóricas del conocimiento histórico, y en segundo lugar las teorías concretas que se han desplegado en el seno en la moderna historiografía.

1.3.1. El conocimiento histórico.

La Historia, como disciplina histórica singular (profundamente humana), teoriza sobre un conocimiento empírico sujeto a la variedad de matices a la que se somete la valoración de sus *fuentes*, y a las premisas intelectuales sobre la *persona, el tiempo y el espacio* presentes en la tarea del historiador.

El estudio de la vida del hombre en el pasado, recopilado historiográficamente, constituye algo valioso para lo que hacemos hoy y ahora; un conjunto de conocimientos radicalmente presentes, sobre el *hecho histórico* objeto de la investigación, presentado de manera diacrónica pero interpretado de manera

³⁷ *Ídem*, pp. 533-534.

sincrónica. Ante el mismo, y desde una perspectiva historiológica, se acomete la tarea de “*comprender*” ese pasado desde el presente, atendiendo a su teorización dentro de los límites empíricos del método científico-histórico y a la pluralidad de posiciones dentro la filosofía de la Historia³⁸.

Jacob Burckhardt [1818-1817] presentaba ya en 1889 la Historia no como una relación de hechos neutrales, sino como “*el registro de los hechos que una edad encuentra notables en otra*”; un registro que dependía de los recuerdos y juicios que cada generación poseía, o debía poseer de su propio pasado³⁹.

Como señalaba B. Croce, frente a la *Crónica* o mera narración histórica sujeta a un “*acto de voluntad*”, la Historia es “*historia viva*”, como un “*acto de pensamiento*” propio del presente. Esta historia viva, siempre contemporánea, remite, fundamentalmente, al conocimiento histórico desde la interrelación cultural entre pasado y presente. Y para poder determinar este conocimiento, en primer lugar es necesario abordar la *comprensión histórica* como posición intelectual previa a toda investigación, subrayando la idea de “*espíritu histórico*”; y en segundo lugar las *categorías históricas* a través de las cuales enlazamos la experiencia y la expectativa en cada tiempo histórico⁴⁰.

a) La comprensión histórica: la idea de “espíritu”.

En el plano filosófico, esta “*comprensión histórica*” da sentido a la noción de *espíritu*. La tabla de valores que da sentido y forma a una época determinada puede definirse como el “*espíritu de ese tiempo*”; un espíritu que objetiva el conjunto subjetivo de creencias y principios que se dan, en el espacio y en el tiempo, entre los miembros de un pueblo. El mejor conocimiento de la historia de lo que había en aquellas objetivaciones, viene a ser la “*conciencia objetiva*” del espíritu vivo, como instrumento heurístico para completar, dando unidad, a la que se tiene en las conciencias de los individuos.

Los individuos, aislada o colectivamente, consciente o inconscientemente, viven en el “*espíritu objetivado*” de su época; es la guía de sus posibilidades de libertad, la representación objetiva de sus principios e ideas fundamentales. Para Max Weber, el objeto que responde al espíritu de ese hecho histórico, a tal definición, constituye una “*individualidad histórica*” o “*complejo de conexiones*”

³⁸ Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Ed. Alfa, Barcelona, 1983, págs. 34 y 35.

³⁹ J. Burckhardt, *Reflexiones sobre la Historia Universal*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 56.57

⁴⁰ Por ello afirmaba “*Primo Historiae fuere, post Annales factus sunt*” (“*primero fue la historia, después se hicieron las crónicas*”). B. Croce, *op.cit.*, pp. 16.18.

*en la realidad histórica, agrupadas conceptualmente como un todo desde el punto de vista de su significación teórica*⁴¹.

Así nos encontramos con un *espíritu histórico* dónde hallamos al mismo tiempo la comunidad y el ideal; y es la ciencia histórica quien nos lo descubre. La eclosión de este espíritu depende, en esencia, de la voluntad de los hombres que la sustentan, y de unas condiciones vitales y geográficas que no pueden determinarse a voluntad. Es el ideal que ilumina las capacidades de los pueblos, es “*todo un sistema de doctrinas, sentimientos, leyes y de moral*” que hizo de una manera, y no de otra, el hecho histórico.

El “*espíritu objetivado*” de la ciencia histórica se encuentra presente en las obras de arte, en la literatura, en la ciencia, en el lenguaje, siendo común, de manera general, a los individuos de un mismo grupo social y cultural. Es el sentido de su *misión histórica* para Ramiro de Maeztu. En todo caso la comprensión histórica, a través de la idea de espíritu, permitirá hallar a unos y a otros su esperanza en la Historia: “*Ex proeterito spes in futurum*”⁴².

b) Las categorías históricas: expectativas y experiencias.

La ciencia histórica, “*la historia en sí y para sí*” según Koselleck, debe tratar el objeto de estudio siempre aclarando las categorías en virtud de las cuales se va a expresar. El historiador que recurre al pasado, por encima de sus propias vivencias y recuerdos, conducido por preguntas o deseos, esperanzas e inquietudes, se encuentra en primer lugar ante los llamados restos que aun hoy subsisten como testimonios muertos del pasado (las experiencias) o como testimonios vivos en nuestra existencia diaria (las expectativas). Es decir, debe crear categorías para comprender y comparar, dando un nombre comprensible a hechos ciertamente complejos, a veces claros y en la mayoría de las ocasiones confusos.

Cuando transforma estos restos en fuentes que dan testimonio de la Historia cuyo conocimiento le interesa, entonces el historiador se mueve siempre en dos planos: o bien investiga situaciones que ya han sido articuladas lingüísticamente con anterioridad, o reconstruye circunstancias que anteriormente no ha sido articuladas lingüísticamente, pero que extrae de los vestigios con la ayuda de hipótesis y métodos. En el primer caso los conceptos tradicionales de la lengua de las fuentes le sirven como acceso heurístico para comprender la realidad pasada. En el segundo caso, el historiador se sirve de conceptos formados y

⁴¹ Es decir, que “no se puede fijar un objeto definiéndolo de antemano, sino intentando una descripción provisional a modo de anticipación”. Véase Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península, 1998, pp. 90-91.

⁴² Ramiro de Maeztu, “La hispanidad”, *Acción española*, n° 1, 15 de diciembre de 1931, pp. 8-16.

definidos ex post, es decir, de categorías científicas que se emplean sin que se puedan mostrar en los hallazgos de las fuentes.

Así podemos distinguir entre los “*conceptos ligados a las fuentes*”, y las “*categorías científicas de conocimiento*”, que deben diferenciarse aunque se relacionen más de una vez a través de un mismo concepto. En cuanto a las *categorías históricas*, éstas nos proporcionan una realidad histórica a través de las denominaciones que apuntan a acontecimientos, situaciones o procesos históricos; son categorías formales que permiten la anticipación formal de explicar la historia con estas expresiones, perfilando las condiciones de las “*historias posibles*”, pero no las historias mismas. Se tratan, pues, de categorías de conocimiento que ayudan a fundar la posibilidad de una historia, constituidas por las experiencias y esperanzas de personas que actúan. Nos muestran las estructuras temporales y mentales que están en la base de todo hecho histórico⁴³.

Estas categorías, como “amigo y enemigo” o “guerra y paz”, proceden del “*mundo de la vida*”; son los conceptos teóricos que proporcionan una visión intuitiva de la misma, como “*historias posibles*” desde la experiencia y la expectativas, del pasado y del futuro. Ambas son un dato antropológico previo sin el cual la historia no es posible, ni siquiera concebible. Por ello, Novalis [1772-1801]⁴⁴ señalaba que así la ciencia histórica permite una “*concatenación secreta entre lo antiguo y lo futuro*” y enseña “*a componer la historia a partir de la esperanza y el recuerdo*”, porque las condiciones de toda “*historia real*” residen en la posibilidad de su conocimiento⁴⁵.

Experiencia y expectativa constituyen las premisas para el conocimiento científico del pasado, al relacionar “*el hoy y el mañana*”. Descubren el significado y la temática del tiempo histórico al dirigir la atención sobre unidades concretas en la ejecución de la dinámica social o política (movimiento, cambio). La Historia concreta se madura, a través de las categorías, bajo ciertas experiencias y determinadas expectativas, que demuestran como el tiempo histórico no es una “*simple determinación vacía de contenido, sino una magnitud que va cambiando con la historia*” en función de la diferente coordinación entre esa experiencia y esa expectativa⁴⁶.

c) Las mentalidades como objeto de estudio.

Cada época elabora su propia visión del mundo, presenta un sistema de valores particular, contiene determinadas sensibilidades ante el mundo que le rodea; por

⁴³ R. Koselleck, *Futuro pasado*, pp. 333-335.

⁴⁴ El nombre real de este poeta romántico alemán era Georg Friedrich Philipp Freiherr von Hardenberg.

⁴⁵ Emilio Mitre, *Historia y pensamiento histórico*. Madrid, Cátedra, 1997, pp. 290-291.

⁴⁶ R. Koselleck, *op.ult.cit.*, p. 337.

ello, las maneras de sentir y de pensar varían con la persona, con el tiempo y con el espacio; el historiador debe acudir, pues, al estudio de cada “*mentalidad histórica*” y, como apuntaba G. Duby, “*a defenderse en lo posible de las suyas bajo pena de no entender nada*”⁴⁷.

Lucien Lévy-Bruhl [1857-1939] eligió este término para su texto *La mentalité primitive* (1922), y en 1952, el polemólogo Gaston Bouthoul [1899-1980] la definió de la siguiente manera: “*tras las diferencias y matices individuales subsiste una especie de residuo psicológico estable, hecho de juicios, de conceptos y de creencias a los que se adhieren en el fondo todos los individuos de una sociedad*”. Duby partió de esta idea para superar la simple consideración material del devenir de la existencia humana, pero apuntaba respecto a la definición de Bouthoul que “*en el seno de una misma sociedad no existe un solo residuo*”, y añadía que este “*residuo*” no era estable, sino plural y variable en el tiempo.

Bouthoul señalaba además, desde una perspectiva sociológica, que “*la mentalidad constituye la síntesis evidente y dinámica de cada sociedad (...) de modo que una sociedad es, esencialmente, un grupo de personas de mentalidad análoga*”⁴⁸. Frente a la ideología partidista o las tendencias culturales temporales, la *mentalidad* aparecía como el conjunto de ideas, creencia y valores, la forma de pensar y de sentir común y compartida al conjunto de un pueblo o una comunidad social, y que daba significado a sus realizaciones materiales e institucionales; y que sirven, científicamente, como “*categorías de interpretación*” para el trabajo del historiador.

Así encontramos la mentalidad burguesa analizada por Werner Sombart [1863-1941], la *capitalista* descubierta por Max Weber [1864-1920], la *ideológico-social* apuntada por D. Negro [1931-]⁴⁹, la *feudal* establecida por G. Duby. Pero estas mismas mentalidades dieron lugar, de la mano de *Annales*, a una especialización denominada *Historia de las mentalidades*, la cual degeneró en estudios parciales y sectoriales, sin pretensión de globalidad, y centradas en estudios sobre aspectos domésticos, familiares y locales de la vida cotidiana del pasado⁵⁰.

1.3.2. Las teorías de la Historia.

Como hemos señalado anteriormente, cada generación ha dado lugar a sus propias explicaciones teóricas sobre la historia. El contexto social, el nivel de

⁴⁷ Georges Duby, *La Historia continúa*. Madrid, Debate, 1992, pp. 98-100.

⁴⁸ G. Bouthoul, *Las mentalidades*. Barcelona, Oikos-Tau, 1971, pp. 11-12.

⁴⁹ Dalmacio Negro, “Modos del pensamiento político”, en *Anales de la Real Academia de Ciencias morales y políticas*, año XLVIII, nº 73, 1996, págs. 548 sq.

⁵⁰ E. Mitre, *op.cit.*, pp. 126-130.

desarrollo económico, los patrones culturales o el conjunto de creencias colectivas, así como las múltiples posiciones individuales ante las mismas, han impuesto al producto historiográfico el sesgo del momento y las exigencias de conocimiento de la generación presente. Cada propuesta histórica, en la diversidad de matices que encierra, responde a las nuevas preguntas que las sociedades se realizan sobre su pasado, lleva a una revisión permanente en presente y diseña las propuestas de futuro; todo ello reflejo de una realidad incontrovertible: cada generación escribe su historia.

Por ello el acontecer histórico, “*esa gran aventura colectiva de la Humanidad*” para L. Suárez⁵¹, puede ser afrontado desde diversas posiciones filosóficas, y por ende, historiológicas, pero que remiten a dos paradigmas de referencia:

1. como un proceso lineal e ideal de desarrollo, dirigido hacia una meta (en el tiempo o fuera de él), que concibe el suceder histórico como único. En este primer paradigma podemos encontrar el providencialismo agustiano (“*Dios como motor*”), el marxismo (y su “*futura sociedad comunista*”), el positivismo (la sociedad racionalmente secular y cientifista) o en las tesis de K. Jaspers.
2. como un proceso cíclico y repetitivo, determinado por leyes que actúan de manera orgánica, y que determina la Historia como un conjunto múltiple e interrelacionado. En este segundo ámbito podemos encontrar el “*ciclo*” en la Historia clásica (Polibio)⁵², Medieval (N. Maquiavelo), Moderna (J.B. Vico) y Contemporánea (G.H. Hegel, O. Spengler, A. Toynbee)⁵³.

Esta realidad se hace patente en el devenir de la historiografía contemporánea. El siglo XIX, era de germinación de la *Historia como ciencia*, asistió al despliegue de una historiografía liberal fundada sobre los presupuestos de la *Revolución política* [1789-1830]. Los franceses Françoise Guizot [1787-1874] y el ideal de la libertad como motor de la Historia, Augustin Thierry [1795-1856] y el papel histórico del “pueblo”, Alexis de Tocqueville [1805-1859] y el tiempo histórico

⁵¹ Luis Suárez, *op.cit*, pp. 15-16.

⁵² La nómina de historiadores “clásicos” y cíclicos integra a autores como Hecateo de Mileto (segunda mitad del s. VI a. C.). Herodoto de Halicarnaso (s. V a. C.), Tucídides, y su *Historia de la guerra del Peloponeso*. Jenofonte y su *Anábasis*, Posidonio, Ctesias, Apolodoro de Artemisa, Apolodoro de Atenas o Aristóbulo de Casandrea. Polibio y su *Pragmateia* (s. II a. C.); *Los Orígenes* de Catón (s. III a. C.), Salustio con *De Coniuratione Catilinae* (63 a. C.), *Bellum Ingurthinum* (111 a. C. a 105 a. C.), e. *Historiae* (67 a. C.); Julio César y sus *Commentarii Rerum Gestarum* (58 a. C.-52 a. C.: *De Bello Gallico*; 49 a. C.-48 a. C.: *De Bello Civili*); Tito Livio [59 a. C.-17 d. C.] y sus 142 libros de *Ab Urbe Condita*; Publio Cornelio Tácito [55-120 d. C.], Plinio el Viejo, Suetonio, o Estrabón.

⁵³ Luis Suárez, *op.cit*, pp. 16-17.

de la “revolución democrática”, o el británico Thomas Macaulay [1800-1859] y la tradición como libertad, son testimonios teóricos al respecto.

Paralelamente, el romanticismo germano alumbró una revisión histórica basada en el estudio de la formación y evolución de las naciones, entes colectivos de naturaleza territorial y cultural, identificados espiritual y políticamente con el Estado. Las obras de J.G. Herder [1744-1803] y B.G. Niebuhr [1776-1831] marcaron un camino que el “idealismo” conceptualizado por G. W. F. Hegel [1770-1831] situó en un nivel “metahistórico”, capaz de encontrar la clave filosófica de la “*Historia total*”⁵⁴.

Un ejemplo de esta pretensión idealista lo encontramos en Jules Michelet [1798-1874], anticipador de muchas de las posiciones de la naciente interpretación ideológica y social del pasado (liberalismo y socialismo). También en dos seguidores del neokantismo, H. Rickert [1863-1936] y su estudio de las múltiples facetas de la existencia humana, única dotada de valor empírico frente a las leyes o estructuras generales y abstractas; y W. Dilthey [1833-1911] y su teoría de comprensión de las realidades humanas por medio de las “*ciencias del espíritu*”.

Igualmente encontramos el “ascendiente idealista” en las tesis de B. Croce [1866-1952], que desde el modelo del “historicismo absoluto”, y aunando el idealismo hegeliano y neokantismo, separaba ciencia e historia, a la que definía como “historia ético-política”; desde ella planteaba el estudio de la razón humana y sus ideales, claves de la evolución de la civilización, siempre desde el presente. La historia resultaba, así, nada más que “actualidad”, exigencia básica para elaborarla desde las necesidades y exigencias humanas del presente; así nacía su teoría “presentista”, no basada en la causalidad sino en el fluir del tiempo, y no en una Historia, sino en tantas historias como puntos de vista⁵⁵. En términos similares se manifestaba R.C. Collingwood [1889-1943], dedicado a descubrir “*los móviles personales del hombre*” como esencia de la Historia. Para el británico no existían datos históricos objetivos, sino como productos previos del pensamiento histórico, “*productos del espíritu*” tan plurales como la realidad misma⁵⁶.

Pero las teorías historicistas alcanzaron su culmen, en los años treinta del siglo XX, con la obra de dos insignes historiadores: Oswald Spengler [1880-1936] y Arnold J. Toynbee [1889-1975]. Spengler expuso en *La decadencia de Occidente* (1918), al hilo de su análisis de las claves de la crisis moral y material de Europa Occidental, la primera teoría cíclica de la historia del *Novecientos*, que buscaba las grandes regularidades que se repetían, inexorablemente, y formulaban ciclos

⁵⁴ Véase Pierre Vilar, *Croissance économique et analyse historique. Première conférence internationale d'histoire économique*. París/La Haya, Mouton, 1960.

⁵⁵ Benedetto Croce, *La storia come pensiero e come azione*, Bari, Laterza, 1938. Cfr. *Teoria e storia della storiografia*. Bari, Riveduta, 1943

⁵⁶ Véase *The Archaeology of Roman Britain* (1930).

generales que permitirían predecir el futuro, merced a las analogías existentes entre las distintas fases de cada ciclo histórico⁵⁷. Mientras, Toynbee fue el artífice de una morfología histórica sumamente compleja, expuesta en los diez volúmenes de su *Estudio de la historia* (1934-1957), y centrada en una desigual evolución cultural de la humanidad a través de las sociedades o “civilizaciones”, objetos de estudio. Así, el desarrollo de la Historia ha pasado por una sucesión de veintinueve civilizaciones distintas, determinadas por un “factor cíclico” general y común (fase inicial de desorden creador, fase intermedia de crecimiento y expansión imperialista, fase final de decadencia) y dirigidas por una “elite rectora”⁵⁸.

Frente a estas posiciones abiertamente acientíficas, y de evidente pretensión filosófica, la Sociología positivista se arrogó la explicación empírica de los *hechos históricos*, objetivados como fenómenos científicos, dejando a la Historia la mera descripción tradicional de los mismos. Auguste Comte [1798-1857] resumió esta aspiración a la “objetividad” de lo histórico, lema de la nueva fase “positiva” que superaba las pretéritas etapas tradicional y filosófica del conocimiento humano. Así lo asumieron, principalmente, las declaraciones “neutralistas” de Leopold von Ranke [1795-1886] e Hippolyte Taine [1828-1893], y la metodología documental recogida en el manual *Introducción a los estudios históricos* (1890) de Langlois y Seignobos.

La objetividad positivista y el historicismo idealista convergerán en el paradigma elaborado por Karl Marx [1818-1883] y Friedrich Engels [1820-1895]: *el materialismo histórico*. Ambos teóricos, resueltos críticos a la economía clásica y aspirantes al liderazgo político, lanzaron un proyecto de interpretación histórica destinada a la transformación política y revolucionaria del orden social y económico liberal-capitalista (anunciado ya por el mismo Marx en sus *XI Tesis sobre Feuerbach*). Su línea esencialmente economicista, íntegramente asumida por el comunismo bolchevique, inspiró en Europa Occidental la primera fase de la corriente renovadora impulsada por la llamada “Escuela de Annales”, y marcada por la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, fundada en 1929 por Lucien Febvre [1878-1956] y Marc Bloch [1886-1944], continuada por autores tales como Pierre Chaunu, Emmanuel Le Roy, o Fernand Braudel [1902-1985]; y especialmente las tesis de la llamada “Historia Social”, marcadas por la historiografía prosoviética (K. Kautsky, Y. Plejanov, K. Korsch, A. Gramsci, Gordon Childe, M.Dobb, J. Jaurés, etc.) y neomarxista (E. Hobsbawm y la revista *Past and Present*, C. Hill, E.P. Thompson, R. Milton, P. Vilar, M.

⁵⁷ Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia universal*. Madrid, Espasa-Calpe, 2002.

⁵⁸ Arnold Toynbee, *La civilización puesta a prueba*. Buenos Aires, Emece, 1954. Cfr. *Estudio de la historia I*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

Tuñón de Lara), y volcada en la síntesis entre macrohistoria “materialista” y microhistoria comunitaria.

Tras el fin de la Segunda guerra mundial, Fernand Braudel cambió el signo de *Annales* en busca de una nueva visión holística, y cuasi antropológica, de la Historia. Utilizando los materiales y métodos de disciplinas auxiliares (geografía, sociología, economía, etc), desarrolló su tesis sobre las grandes estructuras históricas, temporales y culturales (*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempo de Felipe II*, 1949). A esta línea se sumarán Georges Duby [1919-1996] y su nueva visión de la Edad Media centrada en las mentalidades culturales (el hecho feudal), Georges Lefebvre [1874-1959] y su concepción marxista de la Revolución francesa, Ernest Labrousse [1895-1988] y la “historia cuantitativa” de los cambios sociales, Emmanuel Le Roy [1929-] y la microhistoria, Pierre Goubert [1915-] y la conceptualización de los periodos de tiempo de “larga duración” en la Edad Moderna, o la *Nueva historia* de Pierre Nora y Jacques Le Goff (*Hacer la Historia*, 1973). Autores que centraron su revisión histórica en cuestionar los “mitos del progreso y la revolución” difundidos por la historiografía marxista; así, Chaussinand-Nogaret demostró la instrumentalización de la burguesía de las masas populares para alcanzar el poder durante la Revolución francesa, o Marc Ferró la realidad del “golpe de Estado” diseñado por los bolcheviques al amparo de la Revolución rusa⁵⁹.

Finalmente podemos citar la “implosión” actual del objetivo de *Historia total*, ante la “explosión” del *especialismo histórico*. Así nos encontramos con la “nueva historia económica”, surgida en el mundo académico anglosajón desde finales de los años cincuenta de la mano de R Fogel, S. Engerman, P. Termin, y la revista “Journal of Economic History”, quienes anunciaron la inserción de nuevos métodos cuantitativos para la teorización de la Historia (*Cliometría*), vinculando los hechos económicos con el desarrollo histórico. También podemos hablar de esa “microhistoria oral y novelada”, popularizada por el impacto que tuvo la obra de Carlo Ginzburg [1939-] *El Queso y los Gusanos* (1976), confundida progresivamente dentro del marco editorial de la “novela histórica”; de la “ecohistoria,” difundida por los nuevos movimientos ecologistas y recogida en la obra de C. Ponting *A green history of the world* (1991); y de decenas de supuestas especialidades dentro de la misma ciencia histórica (sobre sexualidad, género, familia, mentalidades, pobreza, etc), más cerca de la ideología política que de la teorización rigurosa de la Historia.

Una de las últimas grandes teorizaciones de la Historia, de carácter universal, hablaba del mismo “fin de la Historia”. Su responsable fue el politólogo norteamericano Francis Fukuyama [1952-] con su obra *El fin de la Historia y el último hombre* (1992). En ella, Fukuyama planteaba como se aproximaba, si no

⁵⁹ Emilio Mitre, *op.cit.* pp. 290-291.

había terminado, la concepción de la Historia humana como lucha entre ideologías, tras los estragos producidos por la Segunda Guerra Mundial y la caída paulatina del bloque soviético. A su juicio, la política y economía neoliberal se había impuesto a las utopías colectivistas tras el fin de la Guerra Fría, universalizando la forma política democrática y la forma económica capitalista⁶⁰. Así, inspirándose en Hegel y en uno de sus exégetas del siglo XX, el ruso Alexandre Kojève [1902-1968], llegaba a afirmar que el “*motor de la historia*”, el ideal colectivo o *thymos* platónico, desaparecía en la actualidad con el derrumbe del régimen comunista; caída que demostraba que la única guía viable para la Historia como maestra de la vida y como “*factor de progreso*” se encontraba en un liberalismo democrático funcional y desideologizado. Con ello se pretendía definir a la Historia como una ciencia que explica el pasado en términos de “*progreso económico*”, y que demostraba como los Estados Unidos serían, paradójicamente, la única realización posible del sueño marxista de una sociedad sin clases⁶¹.

⁶⁰ Francis Fukuyama, “¿El fin de la Historia?”, en *Claves de razón práctica*, nº 1, 1990, pp. 85-96.

⁶¹ Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*. Madrid, Planeta, 1992.

Segunda Parte

LA INTERPRETACIÓN EN LA HISTORIA.

*“Nuestro pasado nos espera para crear el porvenir.
El porvenir perdido lo volveremos a hallar en el pasado.
La Historia señala el porvenir. En el pasado está
la huella de los ideales que íbamos
a realizar dentro de diez mil años”.*
(Ramiro de Maeztu, 1934).

Podemos enumerar tantas ideas sobre la Historia como especialistas o profanos se han acercado al estudio del pasado. Cada investigación sobre un “hecho histórico” desprende una idea de cómo se debe afrontar la reconstrucción del acontecer humano, y conlleva, asimismo, una forma de escribir la Historia.

Esta pluralidad de ideas es uno de los rasgos distintivos de la ciencia histórica, de la pretensión de *objetivar* ese “espíritu”, individual o colectivo, que dio sentido a las creencias de una época y significado a sus realizaciones materiales. Por ello, en este capítulo ofrecemos diez ideas diferentes sobre la Historia, más allá de las clásicas aportaciones historiográficas, las cuales aportan visiones no siempre advertidas y dimensiones no siempre compartidas.

2.1. LA EXPOSICIÓN DE LA HISTORIA: Leopold Von Ranke y los orígenes científicos.

El punto de partida de la moderna historiografía lo encontramos en Leopold Von Ranke [1795-1886]. Este historiador prusiano resumía, así, la esencia que debía poseer la historia como ciencia:

“se ha dicho que la historia tiene como misión enjuiciar el pasado e instruir el presente en beneficio del futuro. Misión ambiciosa, en verdad, que este ensayo no se arroga. Nuestra pretensión es más modesta: tratamos simplemente de exponer como ocurrieron, en realidad, las cosas”⁶².

⁶² Leopold von Ranke, *Pueblos y Estados*. México, FCE, 1979, p. 37.

Así publicó la primera obra de tipo historicista contemporánea: en 1824 vio la luz la *Historia de los Pueblos Romanos y Germánicos (1494-1514)*. Ranke situó el método en la narración histórica, fundada en la fiabilidad de las fuentes primarias, pero bajo el prisma, propio de su época y su interés, de la política nacional y de la internacional (Aussenpolitik); así, su misión científica se situaba en describir la historia "*wie es eigentlich gewesen ist*". Como historiador y filólogo en la Universidad de Leipzig y Berlín, Ranke señalaba que a partir del estudio de los hechos "en particular", trabajo "*a ratos duro, incoherente, incoloro y fatigoso*", se buscaba "en su comprensibilidad humana, en su unidad y en su plenitud".

Estas palabras, escritas en un momento histórico que parece lejano, resumen la posición teórica previa y fundamental en el "arte de escribir la historia". "*No cabe duda de que para el historiador es ley suprema la exposición rigurosa de los hechos, por muy condicionados y carentes de belleza que estos sean*", señalaba von Ranke⁶³.

Y así lo planteó en *Historia de los osmanlíes y de la monarquía española durante los siglos XVI y XVII* (1827), *Historia de Alemania durante la Reforma* (1839-1847) e *Historia universal* (1875).

2.2. EL PENSAMIENTO HISTÓRICO. Rodrigo Fernández-Carvajal y las ideas en la Historia.

Afrontar cualquier dimensión de la Historia como ciencia, necesita, como establecía R. Fernández-Carvajal [1924-1997], determinar las ideas fundamentales de cada época, las cuales condicionaban el método de investigación y exposición. Al afrontar el pensamiento español del siglo XIX, este autor señalaba como:

*"la historia de las ideas políticas y sociales, género al que pertenece este estudio tiene límites borrosos. El campo propio de la historiografía de las ideas político-sociales aún no ha dejado suficientemente acotado el estudio de su propio curso histórico"*⁶⁴.

Estas frases anunciaban una necesidad epistemológica y praxeológica que afecta a toda disciplina científica, y entre ellas, a la propia Historia. Por ello apuntaba que "*una ciencia que no investigue su propio curso histórico es, naturalmente, índice de debilidad o de escaso cultivo. Entre la actividad científica y su historia hay una indestructible correlación*". De esta manera, la ciencia histórica debía justificar como necesaria una recapitulación de la "historia de las ideas" como "*preestructura de la interpretación (...) fijando algunos caracteres generales y*

⁶³ *Ídem*, pp. 37-38.

⁶⁴ Rodrigo Fernández-Carvajal, *El pensamiento español en el siglo XIX*. Murcia. Nausicaä, 2003, pp. 57-58.

una consecuyente digresión metódica: recepción de las corrientes extranjeras y sugerencias de su tradición inmediata, mezcla deliberada de corrientes ideológicas y políticas"⁶⁵.

Ideas que marcaban el destino de un pueblo; ideas bien destructivas bien constructivas. Analizando el caso español, Fernández-Carvajal señalaba que "cuando el problema de la convivencia nacional no está resuelto, el pensamiento toma un aire agónico y se tiñe de política". Así pues, "la elección entre unas y otras instancias culturales, dentro del repertorio que le ofrece su tiempo histórico, no se hace por motivos íntimos, sino por motivos sociales", por motivos de oportunidad ("el oportunismo es un parásito del pensamiento en épocas de política agitada")⁶⁶.

De estos rasgos espirituales y materiales nacionales, se debía deducir el método a emplear. "Solemos olvidarnos de que la historiografía de las ideas ha sido construida por la ciencia europea sobre sistemas ideológicos de gran formato, trabados dialécticamente entre sí y majestuosamente despegados (cuando menos a primera vista) de su matriz extraintelectual: religiosa, sociológica, económica, biográfica. La clave de la interpretación histórica sigue estando en la evolución ideológica misma".

Por ello Fernández-Carvajal "el curso del pensamiento ideológico español, debe buscarse en una clave la evolución política", entendida ampliamente, como "una serie de oscilaciones en busca de un régimen de equilibrio y convivencia" regidas por fuerzas intelectuales y espirituales, sin excluir otro orden de hechos: políticos, sociales o económicos (no suficientemente estudiados)⁶⁷.

2.3. EL TIEMPO HISTÓRICO. Pasado y Futuro en Reinhart Koselleck.

Una tercera clave de la Historia como ciencia la podemos encontrar en el "tiempo". El tiempo, como señala Reinhart Koselleck [1923-2006], es parte de la Historia no sólo desde un punto físico-biológico (cronología), sino como la experiencia vivida y expresada por los hombres en el cambio de generaciones.

La teoría de la ciencia de la historia necesita, así, aclarar cuál es el "tiempo histórico" concreto y específico de la historiografía, que nos transmiten las fuentes del pasado. Toda investigación comprometida con las circunstancias históricas debe, pues, en el curso de la investigación, determinar este tiempo en dos planos⁶⁸:

⁶⁵ *Ídem*, p.58.

⁶⁶ Así resaltaba una serie de motivos fundamentales para historiar el pensamiento español del siglo XIX, junto con el pedagogismo, la concreción y tenencia al absoluto o extremo. *Ídem*, pp. 61-62

⁶⁷ *Ídem*, p.63.

⁶⁸ Reinhart Koselleck. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993, p. 12.

- a) la exacta datación cronológica, para ordenar y narrar los hechos (presuposición), utilizando la ciencia auxiliar de la cronología del tiempo natural y biológico.
- b) La determinación del propio tiempo histórico (contenido), estableciendo los presupuestos naturales de nuestra división del tiempo en relación con la historia⁶⁹.

Ese “tiempo histórico” específico aparece como el “*destino de la vida pasada*”, que dan sentido y significado a los hechos donde atisbamos los conflictos reunidos en una sucesión de generaciones, en el solapamiento de experiencias pasadas y perspectivas de futuro. El concepto histórico de tiempo se encuentra, de esta manera, vinculado a unidades políticas y sociales en acción, a hombres que actúan con determinados modos de realización y ritmos temporales propios. Nos encontramos con un “*tiempo variable*”, quizás con “*muchos tiempos históricos*”, dependiendo de la diferentes medida del mismo según el objeto histórico⁷⁰.

La clave de este tiempo se encuentra, para Koselleck, en “*la relación entre pasado y futuro*”; más en concreto, en el análisis de la elaboración de experiencias del pasado en una situación concreta, y concreción como “*esperanzas, pronósticos y expectativas*” discutidas en el futuro. Así, las dimensiones temporales del pasado y del futuro se remiten unas a otras.

Ésta es la hipótesis del tiempo histórico: la determinación de la diferencias entre el pasado y el futuro, entre la experiencia y la expectativa; un determinado modo de asimilar la experiencia, coordinando la historia y el futuro.

La *modernidad* supone un ejemplo concreto de esta noción de “tiempo histórico”. Esta idea muestra la experimentación del propio tiempo como “*siempre nuevo*”, como moderno; hecho que supone que el reto del pasado se ha hecho mayor, que se pregunta por el presente correspondiente, y sobre su futuro ya pasado. Son las concisiones a largo plazo contenidas en el pasado. Unir el presente y del pasado, englobados en un “*horizonte histórico común*”, es el fin; con ello identificaremos las experiencias históricas a través de los símbolos y del lenguaje, tanto propios de cada época, como los utilizados por historiadores para reconstruir y comprender el tiempo pretérito⁷¹.

2.4. LAS POSIBILIDADES HISTÓRICAS: filosofía e historia en X. Zubiri.

El acontecer histórico o “*la historia como posibilidad*” es la clave filosófica de la historia. El estudio de toda situación humana presente, como el de la filosofía para el caso de Xavier Zubiri [1898-1983], determinada por “*la altura de los*

⁶⁹ *Ídem*, p. 13.

⁷⁰ *Ídem*, p.14

⁷¹ *Ídem*, pp.15-17.

tiempos”, obliga a justificar el estudio de sus orígenes, de sus raíces históricas; pero no por el mero hecho de recrear el pasado sino por preocupación de encontrar la verdad del pensamiento, por una forzosidad intelectual impuesta por el problema que agobia, ahoga, preocupa a esa generación que busca bien explicaciones, bien ejemplos, bien soluciones en ese pasado en muchas ocasiones olvidado.

Así podemos señalar las tres cuestiones básicas que Zubiri plantea a la hora de afrontar este acontecer histórico: nuestra actitud ante dicho problema histórico, el sentido de nuestro estudio del pasado, y el género de “*forzosidad intelectual*” que lleva nuestra preocupación al “ultrarremoto” pasado⁷².

a) *La actitud ante el problema histórico.*

El historiador puede presentar diferentes actitudes ante el pasado. Esta dependerá, siguiendo a Zubiri, de la valoración de cómo la forma de pensamiento actual presenta en el pasado y la forma que ha logrado en el presente. La idea de esta figura (clásica) se nutre de formas culturales y vitales, en tipos, antes los que se admiran o se rebelan. Esa es nuestra “*actitud ante los griegos*”, ante el pasado.

En una *primera dimensión*, nuestra curiosidad se nutre de los primeros esbozos de las formas de pensamiento actuales. Estas diferentes formas no son sino sistemas o modos de pensar que ha adoptado la inteligencia; por ello, poseen una forma determinada y una fecha. Son formas arcaicas de pensamiento, siguiendo su forma efectiva, sus posibles interrelaciones y su ordenación cronológica.

En una *segunda dimensión*, el abandono de las formas y centralidad del esfuerzo de pensar (filosofar). El pasado ya no es solo el primer paso en una serie cronológica, sino el “*primer esfuerzo*” en la Historia. Este sentido expresa una articulación interna entre el pensamiento y su tiempo; es el momento en el que se trata del primer esfuerzo en este sentido constituido sobre la tierra. Es la ascensión del espíritu humano. “*La palabra primero no significa tanto comienzo como fundamento*”. Esta es la visión fundamental de la historia, el “*orto del pensamiento*”⁷³.

Estas dos dimensiones marcan la manera de Zubiri de acercarse al *acontecer histórico*, a través del mundo filosófico griego. El pasado representa la “*manera concreta cómo el espíritu del hombre*” ha entrado en un fenómeno seleccionado. Una visión genética del pasado que expresa acontecimientos claves de nuestro modo ser, y no solo “*el relato cronológico de sus eventos*”.

Representa, más certeramente, el conjunto primario de posibilidades del que dispone el hombre para actuar, que determinan su ascenso histórico, que decide su trayectoria y la suerte concreta de un hecho ante las posibilidades para

⁷² *Ídem*, pp. 312-313.

⁷³ Xavier Zubiri, *Naturaleza, historia, Dios*. Madrid, Editora nacional, 1981, 8ª edición, p. 307.

actuar. “Somos, en cierto modo, todo nuestro pasado, pero ¿Cómo?”, cuestionaba Zubiri⁷⁴.

b) Nuestra actitud ante el pasado.

El *pasado* es algo que solo puede ser entendido desde un presente, al no tener más realidad que la de su actuación sobre la realidad actual. Por ello, nuestra actitud ante el pasado depende, simplemente, de la respuesta que demos a la pregunta sobre cómo actúa sobre el presente. Según sean las respuestas, así veremos las diversas maneras de justificar el estudio del pasado, sobre la pervivencia del mismo.

Así nos encontramos con la como Historia como *magistra vitae*, como la “*maestra de nuestra vida presente*”. La Historia aparece como una sucesión de historias presentes, donde la realidad humana es, simple y llanamente, “*su puro presente*”. “*El pasado ya pasó, y por tanto ya no es*” señala Zubiri. El pasado no tiene existencia real, solo poseemos un fragmentario recuerdo del él. Ésta es una *forma mnemónica* de pervivencia del pasado, una fórmula pragmática para resolver los problemas desde análogas situaciones pretéritas. En esta forma “*el pasado se pierde*”⁷⁵.

c) La historia como presente.

Desde el siglo XIX, especialmente, una concepción nueva señalaba que el tiempo no es pura sucesión, sino un ingrediente de la constitución misma de su espíritu (realidad del espíritu humano frente a la simple sucesión temporal de la materia); en éste se encuentra actualmente lo que fue su pasado. “*Nada de lo que alguna vez fue se pierde por completo*”, por lo que la historia no es simple sucesión de estados reales, sino una parte forma de la realidad misma.

El hombre no solo ha tenido y está teniendo Historia; el hombre es su propia Historia, en parte. Esta es la justificación del estudio del pasado, como parte del estudio del presente. El pasado no sobrevive en el presente en forma de recuerdo, sino bajo forma de realidad. En esta forma, el pasado se conserva, de la siguiente manera.

1. *La estratificación orgánica.* Esta pervivencia del pasado puede afrontarse desde dos perspectivas: la evolución biológica y el desarrollo dialéctico (“*la verdad dialéctica*”). Para la primera (biológica) la Historia es el proceso de crecimiento de un espíritu concebido como “*ser vivo*” El pasado se acusa en el presente “*bajo forma de edad*”, de donde nace la idea de las “*edades de la historia*”. Para la segunda (lógica), la historia es el proceso de desarrollo racional del espíritu por tanteos; el pasado pervive en la actualidad “*como urgencia del*

⁷⁴ *Ídem*, pp. 310-311.

⁷⁵ *Ídem*, p. 313.

presente". En ambos casos, el pasado se conserva en el presente como el pilar de la evolución humana; así la Historia sería como "*una estratificación orgánica*" del crecimiento vital del espíritu humano⁷⁶.

2. *El problema del futuro*. Esta pervivencia del pasado se explica, además, a la hora de entender la preexistencia del presente en el pasado: "*el problema del futuro*". En ambas formas (lógica y biológica), el presente está precontenido en el pasado y el futuro en el presente. La imagen del curso de la historia sería el de mera sucesión de realidades presentes, en una actualización progresiva del espíritu de lo que ya era en sus comienzos. En este esquema, cada faceta del presente se "*com-plican*" con las demás, todas se hallan implicadas" en el pasado, y el curso histórico es su explicación temporal. Complicación, implicación y explicación fundamentan la estructura del acontecer histórico, de una sucesión que no explica el lugar del pasado fuera de la memoria ante la metáfora geológica⁷⁷. Pero como señala Zubiri, la realidad demuestra que el pasado "*no está en ninguna parte; tan sólo estuvo*". Tanto la actualización como la sucesión presentan la misma consecuencia: ambas interpretaciones son esfuerzos de negar "*lo más radicalmente histórico de la historia*"⁷⁸.
3. *El presente humano*. El tejido de la historia se compone de los actos realizados o no por el ser humano, de una manera o de otra. En la estructura interna del "*quehacer humano*", el pasado, el presente y el futuro son tres distintos "*sistema de haceres*"; de ellos sólo el presente tiene "realidad", y el pasado supone una "progresiva sustitución de los haceres humanos". Pero esta sustitución no solo se rige por lo que se hace, sino por el sentido de lo que no hace, es decir, por sus internas posibilidades de hacer determinados actos. La Historia no se limita a sustituir una realidad por otra, sino que cada realidad emerge de un previo poder. "*En el hacer histórico no hay simplemente el acto que se hace., sino el poder en que se hacer*". El presente, por tanto, no es lo que el hombre hace, "*sino lo que puede hacer*"⁷⁹.

d) La historia como movimiento.

"Poder" es, pues, tener la facultad de poder realizar algo, en una doble dimensión: una fuerza implantada en quién la posee y un elemento de la realidad. El "acto" es la realidad factible, y la "potencia" sería el poder o facultad para

⁷⁶ *Ídem*, p.316.

⁷⁷ *Ídem*, p. 317.

⁷⁸ En ellas "*la historia es pura y simplemente lo que le pasa al hombre, pero no algo que afecte a su ser*"; con ello se niega la "*dimensión radical del ser humano*": su historicidad. La historia aparece en estas concepciones como una "*simple articulación y producción de realidades*"; éste es su supuesto genético. *Ídem*, p. 318.

⁷⁹ *Ídem*, p. 319.

realizarlo. Por ello, la realidad no será solo un conjunto de actos, sino la actualización progresiva de sus virtudes o potencias.

El presente humano une lo que el hombre hace (actos) con la facultad para realizarlo (potencia). De este hecho nace toda la concepción histórica del siglo XIX. Los hechos humanos, facultades naturales, son dominio de la Historia. Por ello, la categoría fundamental de esta concepción será la del movimiento o actualización histórica de las potencias humanas; dicho movimiento será el “*curso histórico*” de la realidad del “espíritu humano” (Droysen y Hegel).

Según esta concepción, las diferencias de desarrollo entre distintas etapas históricas residen en la capacitación de las facultades o potencias para realizar los actos. La evolución, el movimiento, reside por ello en el perfeccionamiento y preparación de estas facultades. Pero la Historia no es solo “*el progreso o el regreso en las disposiciones de las potencias humanas*”; un movimiento de perfección o defeción del ejercicio de las potencias que nos ha dotado la naturaleza, reducida a narrar el ejercicio de las potencias, la explicación del mismo, pero sin justificar su uso y sin analizar las condiciones circunstanciales. Esta concepción establece una “*razón de ser*”, pero no una “*razón del acontecer*”, que analice el uso de sus potencias, “lo verdaderamente específico de la historia humana”⁸⁰.

Ésta es la cuestión central. Las potencias de los hombres se ejercitan, en todas las épocas de manera sensiblemente idéntica, pero la vida con las que ellas se construye, el uso que de ellas hacemos, es variable. Estas variaciones en el uso de las potencias humanas es la Historia. Es lo que cambia el mero hecho en “suceso” o “acontecimiento”, que son el tejido de la Historia; son los elementos específicos del curso histórico. Frente al hecho y al movimiento, el hombre posee “*algo que es anterior a los actos y a las potencias*”: las *posibilidades del pasado*. Los actos humanos, entre las cosas y nuestras acciones, interpone un “*proyecto*”. No establece simples reacciones animales ante las cosas, sino ejercita una función específicamente humana; “*el pensar*”, en contacto (“*lo que hay*”) y a distancia (“*lo que son*”). Gracias al pensar, el hombre posee una irreductible condición ontológica, la libertad (“*el hombre es libre*”, incluso privado de libertad)⁸¹.

En el “*proyecto*”, el hombre decide los que hay que hacer y cómo hacerlo; si bien las potencias producen actos siempre de la misma manera, el proyecto, su libertad, media en su uso. Por ello, los actos humanos son “*sucesos*”, realización o malogro de proyectos, y el estudio de la historia es el de los sucesos humanos⁸². Y aquí se entiende la Historia.

⁸⁰ *Ídem*, pp. 320-321.

⁸¹ *Ídem*, p. 320.

⁸² *Ídem*, p. 321.

e) La Historia como posibilidad.

La Historia es, por tanto, posibilidad. El hombre concibe sus proyectos sobre las cosas y sobre la capacidad de sus potencias; pero ambos son medios de las que el hombre dispone, ofrecidos por la naturaleza para existir. Nuestros proyectos se apoyan sobre las cosas, sobre lo que “*son*”: cosas ofrecidas como instancias que plantean problemas (forzosidad) o recursos para resolverlos (posibilidad).

En esta estructura, como “recursos”, las cosas y la propia naturaleza no son simples potencias que capacitan, sino *posibilidades* que permiten obrar. De esta manera “*toda potencia humana ejecuta sus actos contando con ciertas posibilidades*”. La realidad es siempre emergente y la de los actos humanos emerge de las posibilidades de las que dispone, no solamente de las potencias de la naturaleza. Potencia y realidad son dos dimensiones de una misma realidad: las potencias humanas exigen e implican el recurso a posibilidades. “*La realidad, que es también naturaleza, es también Historia, pero el hombre está allende entre ambas*”.

Pero estas posibilidades no surgen del puro acto de pensar, sino de la vinculación de ese con el trato efectivo de las cosas, bajo la forma de un tanteo entre ellas; este trato “*circunscribe y modifica el área de las posibilidades que el hombre descubre en ellas, siendo el contenido objetivo de la situación*”. “*Lo que el hombre hace en una situación es ciertamente el ejercicio y actualización de la potencia; pero es también el uso y la realización de unas posibilidades*” apuntaba Zubiri. Así “*el hacer humano es movimiento y suceso*”, por lo que los actos humanos son “*hechos históricos tan solo como realización de posibilidades*”; el curso histórico no es solo movimiento sino acontecimiento, y la razón histórica no es pura razón de ser, sino “*específica razón del acontecer*”⁸³.

Esta estructura se demuestra en la íntima conexión del presente con el pasado y el futuro. El presente se constituye no solo de lo que el hombre hace o de las potencias que tiene, sino también de las posibilidades con las que cuenta. Las posibilidades son los recursos que las cosas y las potencias humanas ofrecen al hombre. Un acto realizado no solo perfecciona la potencia sino que modifica también el cuadro de posibilidades; “*desaparece su realidad, pero queda la situación en la que nos ha dejado y una posibilidad que nos ha legado*”⁸⁴.

“*Lo que somos hoy en nuestro presente es el conjunto de posibilidades que poseemos por el hecho de lo que fuimos ayer*”. El pasado, que se conserva y se pierde a la vez, sobrevive bajo forma de estar posibilitando el presente. Lo histórico de las acciones humanas reside en la actualización, alumbramiento u

⁸³ *Ídem*, p. 324.

⁸⁴ Por ello, la cuestión de la pervivencia del pasado no se mantiene bajo una forma de realidad subyacente, sino que se pierde como realidad inexorablemente. *El pasado se desrealiza*, eso sí, precipitado en el fenómeno “*de la posibilidad que nos otorga*”. Deja de ser realidad para convertirse en el conjunto de posibilidades que define la nueva situación real. *Ídem*, p. 325.

obtención de puras posibilidades⁸⁵. Por ello, el futuro, la proyección del devenir, viene determinada por la posesión de ciertas posibilidades (no de la voluntad o del deseo). Nuestra actuación futura depende de las posibilidades reales con las que contemos a la hora de proyectarla y que elijamos. “Solo es futuro aquello que aún no es, pero para cuya realidad están ya actualmente dadas en un presente todas las posibilidades”. Sin no existen las posibilidades concretas, no es futuro, sino futurible.

El *acontecer histórico* es, claramente, el estudio de las posibilidades que en cada época tienen los hechos humanos para ser realizados, de aplicación de las potencias humanas dotadas por la naturaleza. No es simplemente el estudio de sus hechos o de sus potencias (mero desarrollo de lo que el hombre ya es), sino de las posibilidades que, además, y anteriormente condicionan su realidad. Zubiri resalta como “la historia es lo más opuesto a un mero desarrollo, por su “enorme proximidad al acto creador”⁸⁶.

Esto es lo “*propriadamente histórico de la historia*”: la originaria y radical producción de la realidad desde la producción previa de la posibilidad. La historia no es simplemente hacer o estar pudiendo, es de manera esencial “*hacer un poder*”. La razón del acontecer parte de la realidad humana no como fuente de los actos sino de las posibilidades mismas⁸⁷.

“Nosotros somos nuestro pasado”, pero no en forma de pervivencia arcaica (nostalgia de tiempos heroicos e idea de clasicismo). Somos el pasado porque ya no somos la realidad que el pasado fue en su hora, porque somos el conjunto de posibilites del ser que nos otorgó al pasar de la realidad a la no realidad. Estudiar el pasado es estudiar el presente, no porque este prolongue su existencia en aquel, sino porque el presente es el conjunto de posibilidades a que se redujo el pasado al desrealizarse. El presente es el conjunto de posibilidades que nos otorgó el pasado; por ello, el interés del estudio del pasado reside en ser éste “un elemento formal de las posibilidades de lo que somos hoy”⁸⁸.

Y lo histórico es siempre social, humano. Para Zubiri la coexistencia humana (“*la apertura a los demás*”) es una dimensión que afecta primaria y radicalmente a la existir humano, existiendo distintas posibilidades de convivencia. La Historia envuelve a la sociedad como actualización de las posibilidades y proyectos comunes; por ello Zubiri deslinda entre lo social y lo histórico⁸⁹. En este planteamiento, lo social es una disposición de las potencias humanas (manejo y

⁸⁵ *Ídem*, p. 325.

⁸⁶ *Ídem*, p. 328.

⁸⁷ *Ídem*, p. 325.

⁸⁸ *Ídem*, pp. 326-327.

⁸⁹ *Ídem*, p.330.

organización), que forma parte de lo natural (la sociabilidad); por ello, la Historia no son los hechos sociales sino los “*acontecimientos sociales*”⁹⁰.

f) Nuestra preocupación intelectual ante el pasado.

“*Grecia constituye nuestra más remota y forma posibilidad de filosofar*”. Un hecho del pasado, y no otro, nos posibilita nuestra actuación presente. La realidad humana, su *situación* presente, se define por las posibilidades de las que dispone el hombre para enfrentarse a las cosas que le rodean. La conclusión.

“Lo que un instante lega al siguiente es un peculiar modo de acercarse a las cosas, nacido y puesto en marcha en el pasado. Con las seguridades que el pasado le confiere, el hombre se lanza a la captura de nuevas cosas”.

La realidad, con sus peculiares resistencias, fuerza al hombre a modificar sus posibilidades y sus ideas de las cosas. El pasado no solo otorga un estado, sino una *situación*, que nos lleva del presente al futuro. El pasado traza una ruta, una vía de acceso, un *métodos*⁹¹.

El hecho del pasado, objeto de nuestro interés intelectual, traza la ruta del presente; no por clasismo ni por arqueología, sino por ser la primera fase, la primera posibilidad de nuestro presente. Por ello, la visión del pasado es valorada sobre la posibilidad que nos otorgó en la actualidad, en su futuro. La Historia se centra en el momento en el que suceden las cosas. “*Un mismo hecho que acontece en dos distintos ordenes de posibilidades pueden significar cosas absolutamente distintas*”. La importancia del pasado reside, de este modo, en los “*ingredientes*” del mismo en nuestro presente; en las posibilidades que nos impone para hacer frente a los problemas actuales y para proyectar el futuro⁹².

“*El pasado no solo produjo el presente, sino que está haciéndonos presentes*”. Frente a la idea del movimiento histórico, pretendida conversión del *no ser* (pasado) en *ser* (presente), en obligado volver a insertar la Historia en la “*idea del ser*”, en la posibilidad. En esta interpretación ontológica de la Historia, el pasado posibilita lo que somos. “*De esta suerte, el presente es también inexorablemente pasado*”. La Historia se concreta, como hemos visto, en el método para conocernos a nosotros mismos, de esclarecer las dificultades de nuestro pasado, de señalar las posibilidades que han conformado nuestro presente.

“*Necesitamos ir de la naturaleza y de la historia al ser. Por ello, ocuparnos del pasado es ocuparnos de nosotros mismos, de nuestras posibilidades actuales de*

⁹⁰ Pero frente a Comte, Zubiri señala que la Historia no puede reducirse a una sociología dinámica, ya que sólo hay historia cuando el hecho social es una acontecer, es una actualización de proyectos. Por ello, lo social es simplemente uno de los sujetos naturales de la Historia. *Ídem*, p. 331.

⁹¹ *Ídem*, p. 333.

⁹² *Ídem*, pp. 334-335.

actuar y pensar”. Esta conclusión de Zubiri, “ni arqueología y ni clasicismo”, demostraba la historicidad del espíritu humano, de la historia como posibilidad en el presente⁹³.

2.5. LA HISTORIA COMO SISTEMA: la “razón histórica” en José Ortega y Gasset.

Uno de los grandes filósofos hispanos de nuestra edad contemporánea, especulador vitalista e infructuoso "consejero de príncipes", nos ha legado una de las más preciosas determinaciones del "*sentido de la historia*". En su sistema de la Historia, todo lenguaje, método y tiempo historiográfico necesitaba de una "razón" vital que explique sus realizaciones y sus creencias elementales. "*La vida humana es una realidad radical*", y "*a ella tenemos que referir todas la demás realidades, efectivas o presuntas, que tiene que aparecer de un modo u otro en ella*".

La vida tiene una razón, y por ello, para José Ortega y Gasset [1883-1955], "*la vida es quehacer, porque la vida no nos es dada, sino que necesitamos hacérsela nosotros*"⁹⁴.

La Historia como construcción humana, como sistema dotado de una razón vital. Así, el *nivel histórico* (ante el impacto de la masificación humana), el *sistema de creencias* (como objeto de estudio), y la *razón vital* (como paradigma filosófico) serán las tres dimensiones de estudio de la propuesta de Ortega.

a) El nivel histórico: el impacto del “hombre-masa”

La Historia nos presenta una enorme diversidad en los modos de creer y de sentir, como unidad radical en Occidente (su “tesoro mayor”). Pero el siglo XX dio a luz un hecho radicalmente moderno, la aparición “del hombre-masa”, que conllevaba la homogeneidad de conductas y actitudes. Todos debíamos ser iguales, con la desaparición de la “*fértil variedad de situaciones*”, unido además a la extrema politización de la vida humana. Esta situación era el ejemplo palmario del nivel histórico como primera categoría para entender la Historia; Ortega señalaba como se demostraba que siempre es imperiosa “*la obligación de trabajar sobre las cuestiones del tiempo*”⁹⁵.

Había que entender como en nuestra época la “*piel del tiempo ha cambiado*”, y como cambiaba en los momentos anteriores. Así se demostraba como los

⁹³ *La intelección del pasado tiene sentido cuando hace posible un brinco más eficaz hacia el futuro*”. Toda decisión del presente elige unas posibilidades creadas en el pasado. Al retrotraernos hacia el pasado es reconquistar y apropiarnos de veras lo que fuimos, con la conciencia de sus limitaciones y con la ampliación de nuestras posibilidades. *Ídem*, pp. 337-340.

⁹⁴ José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*. Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 9

⁹⁵ Así señalaba que “*ser de izquierdas es, como ser de derechas, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil*”. Véase J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*. Madrid, Espasa-Calpe, 2001, pp. 60.

problemas humanos eran y son siempre “*problemas históricos*”, no solo científicos y nunca abstractos. Por ello, el único método de pensamiento con probabilidad de acierto en su manipulación es la *razón histórica*, frente al “*racionalismo físico-matemático*”. Los fabulosos triunfos de la *raison* cartesiana sobre la naturaleza fueron, para Ortega, un rotundo fracaso respecto a la comprensión última de los asuntos puramente humanos; sobre todo porque las revoluciones modernas habían violado el derecho fundamental del hombre, que era la definición misma de su sustancia: “*el derecho a la continuidad*”.

“Frente al animal, que cada día debe comenzar su camino, como si nunca hubiera habido alguno antes, el hombre no es nunca un primer hombre; acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha, comienza sobre cierta altitud de pretérito amontonado”.

Éste es el único tesoro del hombre: “*el tesoro de sus errores*”. Un hombre libre, imperfecto, y nunca medible al cien por cien por la moderna matemática, con un pasado que debía comprender e integrar, pero nunca borrar. Por ello, romper con la continuidad del pasado era descender al “*orangután*”. Especialmente porque el pasado sigue existiendo siempre en el presente, aunque no nos guste. “*Desde un futuro al que todavía no hemos llegado, nos muestra la vigencia lozana de su pretérito*”⁹⁶.

Un pueblo que “*es señor de sus siglos*”, que posee activamente su pasado (como en el caso de Inglaterra) es “*un pueblo de hombres: poder hoy seguir en su ayer sin dejar por eso de vivir para el futuro; poder existir en el verdadero presente, ya que el presente es sólo la presencia del pasado y del porvenir, el lugar donde pretérito y futuro efectivamente existen*”. Por ello Ortega proclamaba que “*frente al método revolucionario se opone el método de la continuidad*”, comprendiendo qué fuimos y qué podemos ser.

1. La subida del nivel histórico.

La continuidad humana se quebraba, a juicio de Ortega, ante la *masificación* de la vida humana, “*hecho brutal y novedoso en la historia de nuestra civilización*”. Nacía una nueva etapa de su desarrollo, una época de las masas que resultaba ser “*la época de lo colosal*”. Así señalaba que “*vivimos bajo el brutal imperio de las masas*”, donde “*el fabuloso advenimiento de las masas*” atacaba, directamente, la interpretación de la historia liberal y aristocrática de Ortega. “*La sociedad humana es aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma*” subrayaba. Pero la aristocracia social no se parecía en nada a ese grupo reducidísimo que pretende asumir para sí, íntegro, el nombre de “*sociedad*”, que se llama a sí mismo “*la sociedad*” y que vive simplemente de invitarse o de no invitarse⁹⁷.

⁹⁶ *Ídem*, pp. 61-62.

⁹⁷ *Ídem*. pp. 62-66.

En esta época, propia del *Interbellum* europeo [1914-1939], la vida del hombre medio se encontraba constituida por el “*repertorio vital (material, jurídico, cultural) que antes caracterizaba sólo a las minorías culminantes*”. Y este “*hombre medio*” representaba “*el área sobre que se mueve la historia de cada época*”, su nivel histórico, y

“el nivel medio se halla hoy donde antes sólo tocaban las aristocracias; el nivel de la historia ha subido de pronto — tras de largas y subterráneas preparaciones, pero en su manifestación, de pronto —, de un salto, en una generación. La vida humana, en totalidad, ha ascendido”.

De esta manera, para Ortega, “*el triunfo de las masas y la consiguiente magnífica ascensión de nivel vital han acontecido en Europa por razones internas, después de dos siglos de educación progresista de las muchedumbres y de un paralelo enriquecimiento económico de la sociedad*”, ya que “*vivimos en sazón de nivelaciones: se nivelan las fortunas, se nivela la cultura entre las distintas clases sociales, se nivelan los sexos. Pues bien: también se nivelan los continentes*”⁹⁸.

2. La altura de los tiempos.

Este “*imperio de las masas*” significaba, pues, “*una subida de todo el nivel histórico: la vida media se mueve hoy en altura superior a la que ayer pisaba*”. Este hecho nos muestra como “*la vida puede tener altitudes diferentes*”, reflejadas en los caracteres de cada época. “*La altura de los tiempos*” no supone el tiempo abstracto de la cronología (“*que es todo él llano*”), sino el tiempo vital; un tiempo que cada generación llama “*nuestro tiempo*”, y que posee cierta altitud. Cada persona siente, con mayor o menor claridad, la relación en que su vida propia encuentra con la altura del tiempo donde transcurre. En ella

*“hay quien se siente en los modos de la existencia actual como un náufrago que no logra salir a flote, la velocidad del tempo con que hoy marchan las cosas, el ímpetu y energía con que se hace todo, angustian al hombre de temple arcaico, y esta angustia mide el desnivel entre la altura de su pulso y la altura de la época”*⁹⁹.

Por ello señalaba que “*todo destino es dramático y trágico en su profunda dimensión. Quien no haya sentido en la mano palpitar el peligro del tiempo, no ha llegado a la entraña del destino, no ha hecho más que acariciar su mórbida mejilla. En el nuestro, el ingrediente terrible lo pone la arrolladora y violenta sublevación moral de las masas, imponente, indomitable y equívoca como todo destino*”. De esta manera “*nuestro tiempo, en efecto, no se siente ya definitivo; al*

⁹⁸ *Ídem.* pp. 62-63.

⁹⁹ *Ídem.* pp. 69-70.

contrario, en su raíz misma encuentra oscuramente la intuición de que no hay tiempos definitivos, seguros, para siempre cristalizados”. Era la época de la inseguridad histórica y vital, diagnosticada por Ortega, y tan presente en los tiempos contemporáneos:

*“La fe en la cultura moderna era triste: era saber que mañana iba a ser, en todo lo esencial, igual a hoy; que el progreso consistía sólo en avanzar por todos los "siempre" sobre un camino idéntico al que ya estaba bajo nuestros pies. Un camino así es más bien una prisión que, elástica, se alarga sin libertarnos. Ahora ya no sabemos lo que va a pasar mañana en el mundo”*¹⁰⁰.

En el esquema de Ortega, “la relación entre la altura de nuestro tiempo y la altura de las diversas edades pretéritas. Ni todas las edades se han sentido inferiores a alguna del pasado, ni todas se han creído superiores a cuantas fueron y recuerdan. Cada edad histórica manifiesta una sensación diferente ante ese extraño fenómeno de la altitud vital”. Por ello apuntaba que “ha habido varias épocas en la historia que se han sentido a sí mismas como arribadas a una altura plena, definitiva; tiempos en que se cree haber llegado al término de un viaje, en que se cumple un afán antiguo y planifica una esperanza”. Así se podía comprender la “plenitud de los tiempos”, la completa madurez de la vida histórica.

*“Hace treinta años, en efecto, creía el europeo que la vida humana había llegado a ser lo que debía ser, -continuaba Ortega- lo que desde muchas generaciones se venía anhelando que fuese, lo que tendría ya que ser siempre. Los tiempos de plenitud se sienten siempre como resultado de otras muchas edades preparatorias, de otros tiempos sin plenitud, inferiores al propio, sobre los cuales va montada esta hora bien granada. Vistos desde su altura, aquellos períodos preparatorios aparecen como si en ellos se hubiese vivido de puro afán e ilusión no lograda; tiempos de sólo deseo insatisfecho, de ardientes precursores, de "todavía no", de contraste penoso entre una aspiración clara y la realidad que no le corresponde”*¹⁰¹.

En este análisis, Ortega apuntaba esa ruptura entre pasado y presente, el fin de esa continuidad que explicaba la Historia humana como sucesión e integración, como

"esta grave disociación de pretérito y presente es el hecho general de nuestra época, y en ella va incluida la sospecha, más o menos confusa, que engendra el azoramiento peculiar de la vida en estos años. Sentimos que de pronto nos hemos quedado solos sobre la tierra los hombres actuales; que los muertos no se murieron de broma, sino completamente; que ya no pueden ayudarnos. El resto de espíritu tradicional se ha evaporado. Los

¹⁰⁰ Ídem, pp. 86-87.

¹⁰¹ Ídem, pp. 87.

*modelos, las normas, las pautas, no nos sirven. Tenemos que resolvernos nuestros problemas sin colaboración activa del pasado, en pleno actualismo — sean de arte, de ciencia o de política —*¹⁰².

Comprender, por tanto, la altura de nuestro tiempo, su significado y trascendencia, descifrando la plenitud o el fracaso de nuestro momento. Pero para Ortega *“la altura de nuestro tiempo no es plenitud de los tiempos, pero existe la impresión sobre nuestra época de estar por encima de todas las conocidas plenitudes, pero a la par de sentirse “como un comienzo, sin estar segura de no ser una agonía”. ¿Qué expresión elegiríamos?”*. Para Ortega, *nuestra época es realmente “más que los demás tiempos e inferior a sí misma”, “orgullosa de sus fuerzas y a la vez temiéndolas”*¹⁰³.

3. El crecimiento de la vida: hacia la “mundialización”.

En primer lugar situaba el crecimiento de la vida. *“El imperio de las masas y el ascenso de nivel, la altitud del tiempo que él anuncia”*, eran los rasgos que observaba de un hecho más completo y general: *“de repente ha crecido la vida”*. Para Ortega se había *“mundializado”* el contenido de la vida en el hombre de tipo medio en todo el planeta, por lo que *“cada individuo vive habitualmente todo el mundo”*.

Ortega anunciaba esa globalización moderna, niveladora y consumista, uniformadora y materialista donde:

*“cada individuo, echándose a cuestras la figura de su propia vida, se dedicaba a vagar imaginariamente por las vías históricas en busca de un tiempo donde encajar a gusto el perfil de su existencia. Este hecho bastaría para hacernos sospechar de los tiempos de plenitud; llevan la cara vuelta hacia atrás, miran el pasado que en ellos se cumple. Nuestra vida se siente, por lo pronto, de mayor tamaño que todas las vidas. ¿Cómo podrá sentirse decadente? Todo lo contrario: lo que ha acaecido es que, de puro sentirse más vida, ha perdido todo respeto, toda atención hacia el pasado”*¹⁰⁴.

¹⁰² Ídem, pp. 87.

¹⁰³ Ídem, pp. 87-88.

¹⁰⁴ Lo anunciaba muy claro. *“Esta proximidad de lo lejano, esta presencia de lo ausente, ha aumentado en proporción fabulosa el horizonte de cada vida”*. Pero el mundo ha crecido también temporalmente: *“la prehistoria y la arqueología han descubierto ámbitos históricos de longitud quimérica. Civilizaciones enteras e imperios de que hace poco ni el nombre se sospechaba, han sido anexionados a nuestra memoria como nuevos continentes. El periódico ilustrado y la pantalla han traído todos estos remotísimos pedazos del mundo a la visión inmediata del vulgo”*. Ortega se encontraba, pues, con un *“aumento de posibilidades, de cosas materiales, de actividades vitales”*, y que conllevaba *“el culto a la pura velocidad que transitoriamente ejercitan nuestros contemporáneos”*. Ídem, p. 96-98.

Aumentaban, supuestamente, las posibilidades de hacer en la Historia. Así, *“nuestra vida es, en todo instante y antes que nada, conciencia de lo que nos es posible. Si en cada momento no tuviéramos delante más que una sola posibilidad, carecería de sentido llamarla así. Sería más bien pura necesidad”*. Pero para Ortega *“ahí está: este extrañísimo hecho de nuestra vida posee la condición radical de que siempre encuentra ante sí varias salidas, que por ser varias adquieren el carácter de posibilidades entre las que hemos de decidir”*. De esta manera, Ortega apuntaba que *“tanto vale decir que vivimos como decir que nos encontramos en un ambiente de posibilidades determinadas”*. Y a este ámbito suele llamarse “las circunstancias”¹⁰⁵ ..

Toda vida es hallarse, pues, dentro de la “circunstancia” o mundo, *“porque este es el sentido originario de la idea mundo”*. El Mundo es el repertorio de nuestras posibilidades vitales, y no algo aparte y ajeno a nuestra vida, sino que *“es su auténtica periferia”*. Representa, así, lo que podemos ser, *“nuestra potencialidad vital”*. Pero *“tiene que concretarse para realizarse, o, dicho de otra manera, llegamos a ser sólo una parte mínima de lo que podemos ser”*. El mundo o nuestra vida posible es siempre más que nuestro destino o vida efectiva. Y ha crecido la vida del hombre en la dimensión de potencialidad.

Por todo ello, para Ortega *“el diagnóstico de un tiempo, de una vida parte del estudio de su repertorio de sus posibilidades, un horizonte de posibilidades que determina el carácter y contenido de la vida comunitaria, de la sociedad”*¹⁰⁶. Este era el gran criterio para comprender el tiempo vital y sus posibilidades. La conclusión sobre este tiempo vital era meridianamente clara:

“es el porvenir quien debe imperar sobre el pretérito, y de él recibimos la orden para nuestra conducta frente a cuanto fue. Resumen: El nuevo hecho social que aquí se analiza es este: la historia europea parece, por vez primera, entregada a la decisión del hombre vulgar como tal. Frente al primitivismo histórico, los pueblos de la perpetua aurora, el mundo como civilización, como el nuestro. Pero al contrario que la naturaleza, la civilización no está ahí, no se sostiene a sí misma. Es artefacto y requiere un artista o artesano. Si usted quiere aprovecharse de las ventajas de la civilización, pero no se preocupa usted de sostener la civilización..., se ha fastidiado usted”.

Por ello, el *hombre-masa*, que *“cree que la civilización en que ha nacido y que usa es tan espontánea y primigenia como la naturaleza”*, convierte, así, en *primitivo*, ya que *“la civilización se le antoja selva”*. Los principios en que se apoya el mundo civilizado — el que hay que sostener — no existían para el hombre medio actual. No le interesan los valores fundamentales de la cultura, no se hace solidario de ellos, no está dispuesto a ponerse en su servicio.

¹⁰⁵ *Ídem*, p. 96-98.

¹⁰⁶ *Ídem*, p. 96-98.

La civilización, cuanto más avanza, se hace más compleja y más difícil, pero existente cada vez menos "cabezas". Al respecto señalaba que *"no creo en la absoluta determinación de la historia. Al contrario, pienso que toda vida y, por lo tanto, la histórica, se compone de puros instantes, cada uno de los cuales ésta relativamente indeterminado con respecto al anterior, de suerte que en él la realidad vacila, piétine sur place, y no sabe bien si decidirse por una u otra entre varias posibilidades"*. Por ello, *"todo, todo es posible en la historia — lo mismo el progreso triunfal e indefinido que la periódica regresión"*. Porque la vida, individual o colectiva, personal o histórica, es la única entidad del universo cuya sustancia es peligro. Se compone de peripecias, y es, *"rigurosamente hablando, drama"*. De esta manera *"constituye la más elemental tragedia de la civilización. Todas las civilizaciones han fenecido por la insuficiencia de sus principios"*¹⁰⁷.

Este proceso de masificación, mostraba la necesidad de la Historia como medio de cada generación para *"sostener la civilización"*. El saber histórico resultaba, así, *"una técnica de primer orden para conservar y continuar una civilización proyecta. No porque dé soluciones positivas al nuevo cariz de los conflictos vitales — la vida es siempre diferente de lo que fue —, sino porque evita cometer errores ingenuos de otros tiempos"*. Y dentro de ella aparecía la *"conciencia histórica"* como el instrumento *"para superar ese propio pasado, para crear una nueva realidad social o política necesita invalidando los mismos lugares comunes de la experiencia histórica"*, demostrando lo caduco de las leyes pretéritas de la ciencia. La altura de los tiempos significaba, pues, *"llevar es el bagaje todo el pretérito como "condición irremisible para superarlo"*. *"Con el pasado no se lucha cuerpo a cuerpo. El porvenir lo vence porque se lo traga. Como deje algo de él fuera, está perdido"*, frente al primitivismo, al *"arcaico día"* recuperado por comunistas y fascistas¹⁰⁸.

Como conclusión, Ortega subrayaba que *"hay una cronología vital inexorable, ya que no hay que negar el pasado, sino conocerlo e integrarlo"*. Ello se explicaba por qué *"el pasado es por esencia revenant. Si se le echa, vuelve, vuelve irremediabilmente. Por eso su única auténtica separación es no echarlo. Contar con él"*. Vivir a *"la altura de los tiempos"*, con hiperestésica conciencia de la coyuntura histórica. *"El pasado tiene razón, la suya"* nos decía Ortega. *"Si no se le da esa que tiene, volverá a reclamarla y, de paso, a imponer la que no tiene"*.¹⁰⁹

"Hoy triunfa el hombre-masa y, por lo tanto, sólo intentos por él informados, saturados de su estilo primitivo, pueden celebrar una aparente victoria". Esta era la vida contemporánea. Y frente a la misma, *"Europa no tiene remisión si su destino no es puesto en manos de gentes verdaderamente contemporáneas que sientan bajo si palpitar todo el subsuelo histórico, que conozcan la altitud presente de la vida y repugnen todo gesto arcaico y silvestre"*. Así, Ortega

¹⁰⁷ *Ídem*, pp. 103-104.

¹⁰⁸ *Ídem*, pp.139-141.

¹⁰⁹ *Ídem*, pp. 140-141.

proclamaba nuevamente que “*necesitamos de la historia íntegra para ver si logramos escapar de ella, no recaer en ella*”¹¹⁰.

b) El sistema de creencias.

En segundo lugar señalaba el sistema de creencias. Ante este nuevo horizonte histórico, a la hora de decidir sobre lo que va a hacer o ser, “*el hombre debe poseer algunas convicciones sobre las cosas que le rodean o los otros hombres*”. Por ello debe “*estar siempre en alguna creencia, y que la estructura de su vida depende primordialmente de las creencias en las que esté, siendo los cambios decisivos de la humanidad los relacionados con los cambios de creencias, en su intensificación o debilitación*”. De ello se deriva la máxima historiográfica de Ortega:

*"el diagnóstico de una existencia humana-de un hombre, de un pueblo, de una época- tiene que comenzar filiando el repertorio de sus convicciones. Son estas el suelo de la vida. Las creencias son lo que verdaderamente constituye el estado del hombre; pero este repertorio no posee en ningún individuo ni en ninguna época una articulación plenamente lógica cuando se presentan como simples ideas; en su coexistencia, las ideas son en muchas ocasiones contradictorias o inconexas"*¹¹¹.

Esta era la Historia: comprender el sistema de creencias, ideas y valores que daban al hombre sentido a sus elecciones desde el pasado hacia el presente. Ahora bien, “*la creencia no es simplemente una idea*”. Mientras la idea suponía un pensamiento espontáneo, un acto de pensar que no afectaba siempre a nuestro comportamiento, la creencia era una función que orientaba nuestra conducta. Las creencias sí formaban un sistema articulado, desde el punto de vista lógico o intelectual; poseían una articulación vital y suponían una estructura jerárquica (creencias básicas o fundamentales, radicales derivadas y subordinadas).

Esta estructura permitía, pues, la Historia como ciencia, al comprender el cambio en los niveles históricos, a partir del “*entendimiento de su orden interno, y con él, el de la vida humana. Pero este diagnóstico de la existencia humana, debe fijar su creencia fundamental, la decisiva*”. La Historia supone por ello, “*el método para fijar el estado de las creencias en cierto momento, y compararlo con otros momentos*”¹¹².

¹¹⁰ *Ídem*, p. 145.

¹¹¹ Ortega y Gasset, *La historia como sistema.*, pp. 11-12.

¹¹² *Ídem*, p. 12.

c) La razón histórica.

En tercer lugar aparecía la razón histórica de un pueblo, de una tierra, de una persona. Las creencias constituyen el estrato básico de la arquitectura de la vida, pero dotadas de una razón de ser. Vivimos de ellas, “*somos nuestras creencias*”, sentenciaba Ortega. “*A parte de lo que crean los individuos como tales, es decir, cada uno por sí y por propia cuenta, hay siempre un estado colectivo de creencia*”, una fe social que puede coincidir o no con la individual; un estado de fe establecido colectivamente y con una vigencia social. Esta creencia colectiva poseía un carácter social de “vigencia”, y a lo largo de la historia, mutan este conjunto de creencias colectivas (fe en la religión, en la ciencia): “*verdades propias, posiciones claras y firmes, naufragando así las sociedades en ellas apoyados*”¹¹³.

El nivel histórico contemporáneo, dominante, nos hablaba solo de la gran “razón científica”; pero para Ortega esta se encontraba en claro naufragio al mostrar métodos incapaces de comprender realmente la “*vida como realidad radical*”. La que denunciaba como “*beatería de la razón física*” no tiene que decir nada de los problemas verdaderamente humanos desde la mera racionalidad naturalista. Frente a ella se alzaba una verdadera “*razón vital e histórica*”, que desnudaba a la razón naturalista, que se ocupaba de la naturaleza del hombre, se insertaba en el positivismo de Comte, y aparecía como inmóvil y permanente. Mientras, la razón histórica se ocupaba de ella con categorías y conceptos ligados a lo propiamente humano, siempre dinámicos¹¹⁴.

La comprensión de lo humano como realidad espiritual se había alejado de conceptos claros, cayendo en “*irresponsables utopías*”. La negación radical de la realidad humana, obviaba que “*la naturaleza es la interpretación transitoria que el hombre ha dado a lo que encuentra frente a sí en su vida*”. Por ello, “*a esta realidad radical somos, pues, referidos*”, cuestionando la primacía de la razón fisicomatemática, tanto en su forma de naturalismo como en su forma beatífica de espiritualismo, que afrontaba los problemas humanos buscando la naturaleza del hombre, pero que finalmente no la encontraba no como “cuerpo”, ni como espíritu. Para Ortega, el hombre no era un simple organismo, o un mecanismo al uso; ante todo “*el hombre es un drama, un acontecimiento*”¹¹⁵.

Al final del camino, Ortega insistía sobre esta idea capital: el hombre era libertad en la Historia, desde su pasado heredado y sus posibilidades presentes. Por ello escribía “*existen diversas posibilidades de ser, pero a nuestra espalda está lo que hemos sido*”. Esta idea demostraba como “*el hombre europeo sigue siendo todo lo que fue*”, pero en la “*forma de haberlo sido*”; sigue siendo todas las experiencias realizadas “*por haberlas sido, y es este hecho, la fuerza que más*

¹¹³ *Ídem*, pp. 18-20.

¹¹⁴ Pero una primera reacción, la *Geisteswissenschaften* o ciencias del espíritu, morales o de la cultura tampoco lo lograron; el idealismo alemán situó al hombre ante que la naturaleza como *Geist*. *Ídem*, pp. 19-20.

¹¹⁵ *Ídem*, pp. 28-29, 39 y 41.

automáticamente impide serlo, que impide ensayar con ilusión algunas de esas actitudes pasadas”.

Por ello, y como epílogo, defendía *"la experiencia de la vida determina la realidad de la vida actual, es un conocimiento conservado en la memoria y acumulado en nuestra realidad de hoy"*¹¹⁶. Esa era nuestra libertad y nuestra condena; era, en suma, la razón vital de nuestra Historia.

2.6. LA EXISTENCIA HISTÓRICA: Raymond Aron ante el "el opio de los intelectuales".

Ante el que denunciaba como *"opio ideológico"* que afectaba, de manera absoluta, a los intelectuales en la interpretación historiográfica tras la Segunda Guerra mundial, el filósofo y sociólogo liberal Raymond Aron [1905-1983] defendía que *"la existencia histórica, tal como se la vive auténticamente, opone individuos, grupos, naciones en la lucha por la defensa de intereses e ideas incompatibles"*.

Este intelectual liberal criticaba el dominio absoluto del determinismo histórico presente en el *"materialismo dialéctico"*; y ante este absolutismo ideológico que interpretana unívoca y parcialmente el devenir, Aron apelaba a un análisis retrospectivo de los hechos, a la pluralidad de las posiciones originales y únicas, a la interrelación frente a la yuxtaposición, y a la totalidad en el análisis histórico. Aron sostenía por ello que ningún individuo puede *"aprehender el sentido último"* de la Historia¹¹⁷.

Pero esta *"pluralidad de las significaciones"* demostraba la trágica inteligibilidad de los actos humanos. La relación fin- medio se muestra insuficiente como explicación única, ya que el planificador debe elegir entre objetivos diversos y condicionados, y el objetivo, aunque determinado, es susceptible de numerosas interpretaciones. Cada hecho y fenómeno histórico revela su significado si se inserta en *"un conjunto que cubre una época, una nación, quizás una civilización"*¹¹⁸.

Desde su posición crítica y polémica, desde el ostracismo que sufrió en su tiempo, Aron denunciaba la arbitrariedad de la historiografía, llegando a la conclusión de la dificultad para hablar de *"objetividad histórica"*. Aron continuaba defendiendo que en el estudio histórico *"se impone necesario un conocimiento cercano de los conocimientos del actor y de la estructura determinada de la sociedad para determinara los posibles medios en los fines"*. Un fin es solo para él una etapa hacia un objetivo superior, la libertad de creación y expresión.

¹¹⁶ *Ídem*, p.49.

¹¹⁷ Raymond Aron, *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1979, págs. 143-144. Cfr. Jerónimo Molina: "Raymond Aron ante el maquiavelismo político", en *Revista internacional de sociología*, nº 50, 2008, pp. 9-33.

¹¹⁸ *Ídem*, p. 143.

Los hechos históricos sólo pueden explicarse, por ello, como respuesta a las circunstancias de su momento histórico y a la libertad; además, es básica una determinación de los valores determinantes de la sociedad donde se inserta el actor y donde se produce el acontecimiento. “*Un régimen social es siempre el reflejo de una actitud respecto al cosmos, a la ciudad o a Dios*”, escribía al respecto Aron. Por ello “*el historiador debe liberarse de sí mismo para, esforzarse por descubrir al otro en su alteridad. El descubrimiento histórico supone una cierta comunidad entre el historiador y el objetivo histórico*”. En este sentido apuntaba que “*el universo del actor, del sujeto del estudio, perdería todo su significado y sentido si ambos universos no tuvieran una continuidad, si no apareciesen como sutiles variaciones del mismo tema*”. Esto le conducía a señalar como “*para que la historia entera me resulte inteligible, los vivos deben descubrirse un cierto parentesco con los muertos*”, frase que refleja el eco de Comte, para quién “*los muertos fabrican a los muertos*”¹¹⁹.

La pluralidad aparecía, para el francés, en el interior de cada una de las dimensiones humanas: la ubicación de los acontecimientos no encuentra límites definidos en el espacio y en el tiempo, ni elemental ni globalmente. “*A partir de un acto, se remonta el curso de la historia europea, sin que tenga la obligación o el derecho de detenerse*”.

El sentido de la historia es múltiple, equivoco e inaprensible, y solo el espíritu del historiador de unidad al conjunto de significados: “*Elemento y conjunto son nociones complementarias*”. La reconstrucción historiográfica da homogeneidad y sentido al conjunto de la experiencia histórica, pero no puede excluir las diferencias entre experiencias concretas. Debe mantenerse la relación y cercanía entre la experiencia de los hombres y la resurrección por el historiador¹²⁰.

Aron establecía la distinción esencial entre los conjuntos ideales y los conjuntos reales. “*Ideal es el conjunto de una Constitución o de una doctrina; real es el conjunto creado por los hombres que se gobiernan según esa Constitución o que viven según esa doctrina*”. La pluralidad de significaciones, que resulta de la indeterminación de los conjuntos y de la discriminación entre sentidos específicos y sentidos vividos, acarrea una renovación de la interpretación histórica, frente al dogmatismo y el relativismo. Se defiende la multiplicidad de conjuntos, reales o ideales, la diversidad de papeles que los individuos representan en una sociedad compleja, la interrelación de los sistemas. “*La reconstrucción histórica presenta un carácter inacabado, puesto que nunca ha deducido todas las relaciones, ni ha agotado todas las significaciones*”.

Hoy como ayer, es necesaria una renovación de la interpretación histórica, que integre multiplicidad y unidad. “*La curiosidad del intérprete*” determina los conjuntos y sentidos específicos, relativiza los acontecimientos y las obras según

¹¹⁹ *Ídem*, p.144.

¹²⁰ *Ídem*, p. 141.

la “*historicidad propia de cada universo espiritual*”, desde la libertad de la existencia humana que proclamaba Raymond Aron¹²¹.

2.7. LA INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA en Ángel López-Amo.

Tras más de veinte años de acusada interpretación ideológica del signo y el contenido de la historiografía nacional¹²², aportaciones como las del pensador tradicionalista Ángel López-Amo [1917-1956] no sirven de valiosa guía para aclarar el camino científico de la disciplina histórica¹²³.

En una disciplina marcada en la España de los años cuarenta y cincuenta por la semblanza vital y académica de historiadores como Jaime Vicens-Vives [1910-1960] y su *Índice Histórico Español* (1952)¹²⁴ o Jesús Pabón [1902-1976], el catedrático de Historia del Derecho López-Amo aportó una visión liberal y tradicionalista sobre “*el ser de la historia*”, deudora, a su juicio, “*más que ninguna otra ciencia, de lo que el hombre quiera hacer de ella*”.

En función de la concepción sobre la “*libertad humana*” en la sociedad, para López-Amo la ciencia de la Historia había variado tan fundamentalmente en su concepción y en su método. Significaba definir qué es lo que esperaba el hombre de la Historia (siguiendo a Troeltsch): “*lograr la interpretación histórica de nuestro pensamiento sobre el hombre, la cultura y sus valores*”. Una concepción que exige a la Historia rigurosas exigencias de método:

1. Un esfuerzo de síntesis.
2. Una penetración en los problemas del hombre y de la cultura, que no retroceda ante la formulación de juicios de valor y que sepa dar con sus logros un contenido a la conciencia del hombre presente.
3. La objetividad máxima como verdadera ciencia.

¹²¹ *Ídem*, p.144.

¹²² Una situación historiográfica de “complejo histórico” que alumbró la difusión del “hispanismo anglosajón”. Un camino abierto por Gerald Brenan y su *El laberinto español*, y Hugh Thomas con *Spanish Civil War*, y continuado por autores tales como John H. Elliott, John Lynch, Henry Kamen, Ian Gibson Paul Preston, Gabriel Jackson, Stanley G. Payne, Raymond Carr, Geoffrey Parker o Edward Malefakis. En cuanto al “hispanismo francés” podemos encontrar a Maurice Legendre y su *Casa de Velázquez*, Marcel Bataillon y *Erasmus en España*, Pierre Vilar con *Cataluña en la España Moderna e Historia de España*, Bartolomé Bennassar en *Valladolid en el siglo de oro*, Jean Sarrailh con *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Georges Demerson o Joseph Pérez.

¹²³ Ángel López-Amo, “Estudio preliminar” a Fritz Kern, *Derechos del Rey y Derechos del pueblo*. Madrid, Rialp, 1955, p.13.

¹²⁴ Llamado hoy en día arrepentimiento, conversión, evolución e incluso revelación, el *olvido* caracterizó el final del camino de la empresa de construcción científica de la *Geopolítica* española («disciplina maldita» según Heriberto Cairo), y de manera particular a la obra de uno de sus máximos promotores nacionales, el geógrafo e historiador Jaime Vicens-Vives. Véase Sergio Fernández Riquelme, “Las tres Geopolíticas de Vicens-Vives”, *Empresas políticas*, nº 7, septiembre de 2006, pp. 117-126

96 A. López-Amo, *op.cit.*, pp. 13-14.

Pero estas exigencias no debían conducir a una “*Historia objetiva, fría y científica*”, limitada a estudiar y exponer los hechos de la evolución de los hombres, señalando conexiones de causalidad entre los hechos y sin comprometerse a juicios de valor. Tampoco a una Historia determinada por una estimación valorativa sobre los problemas vitales de los seres humanos que quieren “*darse cuenta de su pasado para dar seguridad a su propia conciencia del presente*”¹²⁵. Era algo más: era una ciencia humana sintética y objetiva, que estudia los hechos históricos culturales de una sociedad determinada, ligando lo local a lo universal, y centrada en los problemas de convivencia y las instituciones jurídicas que surgen para ordenarlos.

a) La síntesis histórica.

Por ello, en primer lugar había que determinar la síntesis histórica; era el medio para dar respuesta adecuada a los problemas del hombre, pero sin caer en el particularismo (historicismo, vitalismo). No teníamos que someter la Historia al presente “*por razón de fin*”; no era la causa de una historia particular y fragmentaria. La conciencia del presente, actuando sobre el estudio histórico, lo preformaba y lo limitaba a aquello que pueda tener interés para la mentalidad del pueblo en que se produce la obra histórica o para dar respuesta a los problemas planteados por el ambiente cultural de la época (particularismo nacional o de ideas). Por ejemplo, solo el cristianismo hizo posible una Historia universal porque su concepción de la vida no era de un presente transitorio, al aportar una metafísica de la Historia que es una “*busca de Dios y del plan divino del mundo*”: pero cuando esta metafísica se ve suplantada de nuevo por las “*ideas del presente nacional o cultural, la universalidad se rompe en una u otra forma*”¹²⁶.

Como bien señaló Hegel, existen tres principios esenciales para el historiador: la necesidad de síntesis, el carácter universal de la Historia y el principio metafísico que debe guiarle. Ni una historia excesivamente filosófica ni una historia particularista; esta última, proclama en el siglo XIX, obedecía a disposiciones previas al historiador, condicionadas por la conciencia del presente. Desarrolla historias locales, regionales o nacionales no como partes de un conjunto histórico superior, sino como tendencia contra ésta, para exaltar hechos diferenciales y aún para suscitar oposiciones ideológicas. Es una Historia partidista, determinada por las ideas políticas del tiempo o del país, que influyen de tal suerte en los historiadores que su obra parece puesta al servicio de una causa política actual, o por lo menos mediatizada quizá inconscientemente¹²⁷.

¹²⁵ *Ídem*, p.18

¹²⁶ *Ídem*, pp. 18-19.

¹²⁷ *Ídem*, p.21.

b) Los fenómenos históricos.

En segundo lugar “*hay que atenerse a los hechos*”, pero dando a éstos una síntesis categorial, “*fuera de la cual no tendrían sentido o no importarían a nadie*”. Contra la Historia pragmática, el historiador debe centrar su atención en los grandes fenómenos culturales, económicos y sociales, pasando de lo individual a lo general sin salir del terreno de la Historia. “*Lo individual, verdaderamente el objeto histórico por excelencia, deja de ser anecdótico para ser histórico en el más alto sentido*”, al “ *encuadrarse en síntesis parciales, en estructuras objetivas proporcionadas por la historia misma y objeto también de ella*”, apuntaba López-Amo¹²⁸.

Así la Historia se convierte en “*historia de problemas*” y sobre todo, en “*Historia de las Instituciones*”. A través de ésta última, se llega a un mejor conocimiento, no sólo de la conexión de los fenómenos en el espacio, sino también de la continuidad en el tiempo, al seguir la Historia de un mismo fenómeno a lo largo de diversas edades. Se consigue la unión del devenir histórico con la categoría mental (Mitteis). Los conceptos generales, los grupos de problemas y los complejos de cultura que se han de estudiar, sacan esta prolepsis del propio devenir histórico. Su eyección y formación depende, exclusivamente, de métodos históricos, siguiendo una metafísica que podrá dar mayor seguridad a sus criterios y conclusiones. La tarea específica de la Historia, en busca de la objetividad y la síntesis, sólo podría lograrse por este camino¹²⁹.

c) La historia de las Instituciones.

El sistema descrito vale tanto para el estudio de estructuras jurídicas como no jurídicas; pero se vincula especialmente con la Historia de las Instituciones, porque es en gran medida Historia del Derecho. El Derecho es, ya de por sí, el fenómeno central y más característico de toda sociedad humana como tal, como un:

*“factor social primario, formador del Estado y de la Sociedad, unido estrechamente a los movimientos sociales y económico. No es un epifenómeno, ya que todos los hechos históricos son, en cierta medida, hechos jurídicos; además trabaja con formas acuñadas capaces de explicar todas las relaciones culturales”*¹³⁰.

A esta radical importancia del Derecho en la vida social corresponde su valor incomparable como factor del conocimiento histórico: es la clave de toda síntesis cultural y sus formas son las más duraderas en el tiempo. Se encuentra entrelazado con la realidad social como “*producto y principio informador*”.

¹²⁸ *Ídem*, p. 22.

¹²⁹ *Ídem*, p. 23.

¹³⁰ *Ídem*, pp. 23-24.

Aporta un “*trasunto de esa realidad ya elaborado*” y nos permite su aprehensión conceptual; sus datos y sus conceptos son objetivos, siendo ejes de la moderna Historia general. Posee, en suma, un “*valor vital para la Historia*”¹³¹.

Por ello, y como ejemplo máximo, “*la Historia de las Instituciones es un hilo, un medio para la síntesis, haciendo historia ideológica al mismo tiempo que historia constitucional. Las ideas se objetivan en los hechos, las leyes y las costumbres*”. En este sentido “*el Derecho se vivifica a la luz de las doctrinas, al existir una conexión esencial entre las instituciones políticas con el resto del sistema jurídico y cultural que les dio su vida y su espíritu*”. Porque para López-Amo, “*si no se respeta este principio, esta conexión, se quebraría la más importante de las estructuras objetivas*”, pasando las instituciones políticas a “*ser una nueva serie de hechos que añadir a la historia pragmática, al lado de las batallas, al lado de los héroes*”¹³².

2.8. LA REVISIÓN DEL PASADO. Renzo de Felice y las ideologías.

“*Por su naturaleza, el historiador sólo puede ser revisionista dado que su trabajo parte de lo que ha sido recogido por sus predecesores y tiende a profundizar, corregir y aclarar su reconstrucción de los hechos*”. Estas palabras de Renzo de Felice [1929-1996] nos introducen en la necesaria, pero siempre polémica, revisión científica del pasado.

Revisar el pasado y morir académicamente. El revisionismo se ha convertido en uno de los temas más polémicos de la moderna historiografía. ¿Se puede revisar todo?, ¿se puede cuestionar todo, ciertos temas o nada?. Y sobre todo, en la Historia ¿hay buenos y malos?. “*Las fórmulas como mal absoluto o locura histórica, hoy tan de moda, ni explican ni tienen ninguna función pedagógica*” subrayaba De Felice, por lo que todo fenómeno histórico debía estudiarse “*indagando en sus orígenes y siguiendo sus transformaciones, confrontando los testimonios con los datos disponibles, pensando las intenciones en función de las situaciones*”¹³³.

Bajo esta etiqueta “revisionista”, utilizada como anatema académico¹³⁴, encontramos las tesis del mismo De Felice, de Ernst Nolte [1923-]¹³⁵, de Françoise Furet [1927-1997]¹³⁶, de Georges L. Mosse [1918-1999]¹³⁷ o de Zeev

¹³¹ *Ídem*, pp. 24-25.

¹³² *Ídem*, p. 25.

¹³³ Renzo de Felice, *Rojo y negro*. Barcelona, Ed. Ariel, 1996, pp. 128-129.

¹³⁴ En relación a este tema destacamos la aportación de P.C. González Cuevas, “¿Revisionismo histórico en España?”, *El Catoblepas*, nº 82, diciembre de 2008.

¹³⁵ Véase Ernst Nolte *La Guerra civil europea: nacionalsocialismo y bolchevismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

¹³⁶ Véase “Diálogo Françoise Furet- Ernst Nolte”, en *Hespérides*, Nº 18, Madrid, invierno 1998-99, pp. 947-956.

¹³⁷ G.L. Mosse, *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perception of Reality*. New York, Howard Fertig, 1980.

Sternhell [1935-]¹³⁸. Pero este planteamiento “revisionista”, frente a simples interpretaciones ideológicas que lo equiparan arbitrariamente con el absurdo “negacionismo” del *Journal of Historical Review*, se encuentra incardinado en la naturaleza científica de la Historia.

Revisar para comprobar, revisar para profundizar, revisar para aumentar o rectificar el conocimiento del pasado; estos tres fines estuvieron presentes en la obra del historiador italiano, considerado el más importante especialista mundial sobre el fascismo y la figura de Benito Mussolini.

Así, negándose a aplicar criterios morales previos al estudio histórico, De Felice afrontó la revisión del estudio sobre el fascismo, demostrando el apoyo masivo de la población italiana al Fascismo como “régimen” o las raíces socialistas (Marx) y revolucionarias del Fascismo como “movimiento”. Incluso se atrevió a demostrar, documentalmente, que la *Resistencia* -piedra fundacional de la República italiana actual- fue un fenómeno ciertamente minoritario, paralelo en número y trascendencia al la *República de Saló* (República Social Italiana) lo que le valió no pocos enemigos, especialmente en la izquierda italiana. Un atrevimiento que no solo le costó numerosas críticas ideológicas por parte de sus detractores, sino que llegó a sufrir un atentado en el año 1995, cuando varias botellas incendiarias fueron arrojadas contra su casa en Roma¹³⁹.

2.9. HISTORIA Y FE. La conciencia histórica en Luis Suárez.

La labor de reconstrucción histórica no puede abordarse sin significar el papel de las religiones y la fe en la construcción cultural de la civilización. Pero no sólo como ingrediente fundamental en las manifestaciones políticas, sociales o culturales de los pueblos y las naciones (desde la historicidad de la religión)¹⁴⁰; sino también como paradigma, como idea que recorre, transversalmente, toda teorización de la Historia como ciencia.

Así lo advirtió el historiador Luis Suárez [1924-], afamado medievalista¹⁴¹ y recopilador sistemático de la historia del Régimen franquista¹⁴². Su diagnóstico

¹³⁸ Zeev Sternhell, “Fascist Ideology”, en LAQUEUR, Walter Laqueur (ed.), *Fascism, A Reader's Guide, Analyses, Interpretations, Bibliography*. Berkeley, University of California Press, 1976, pp 315-376.

¹³⁹ De Felice es el autor de una monumental biografía de Benito Mussolini articulada en 4 partes (y 7 volúmenes): *El revolucionario* (1883-1920), *El fascista* (1921-1929), *El Duce* (1929-1940) e *Italia en guerra* (1940-1943).

¹⁴⁰ En el caso de la civilización cristiana, la “historicidad” del propio Jesucristo se atestigua, junto a las fuentes evangélicas, a través de las fuentes de la misma era romana como Cornelio Tácito [c.56-117], Suetonio [c. 70- c. 130], Plinio el Joven, Luciano, Flavio Josefo [37- c.101] o el manuscrito de la Carta de Mara Bar-Serapio

¹⁴¹ Catedrático emérito de Historia Medieval del departamento de *Historia Antigua, Medieval, Paleografía y Diplomática* de la Universidad Complutense de Madrid.

¹⁴² En la que destacan su obra *Francisco Franco y su tiempo* (1984), su enciclopédica serie de estudios *Franco. Crónica de un tiempo*, con cuatro volúmenes publicados entre 1999 y 2003, y su último texto al respecto: *Franco* (2005).

partía de la crisis de la “conciencia histórica” que atravesaba la *sociedad occidental*, y que se manifestaba en el papel jugado por la humanidad ante los nuevos desafíos políticos, medioambientales, económicos o tecnológicos; una conciencia que necesitaba de una revisión profunda de la ciencia histórica, principiando las respuestas a los interrogantes de las postmodernidad¹⁴³.

Para Suárez, el historiador actual se interroga acerca de cuál debe ser el futuro, pensando que el oficio comprende “hacer previsiones como el porvenir”; con ello responde a las aspiraciones de los políticos e ideólogos (especialmente de formación marxista o positivista) de encontrar futurólogos que les marquen el camino. Pero este mismo historiador debe volver a los orígenes, al verdadero trabajo historiográfico: “*explicar el presente, utilizando el factor tiempo*”, *remontándose a las raíces genuinas de la cultura, más allá del “siglo de las Luces”*.

Esta *crisis de la conciencia histórica*, manifestada con especial crudeza en Europa tras la Segunda Guerra Mundial, se manifiesta en dudas sobre el pasado del *Viejo Continente*, y en paralelas demandas en pro de una revisión de algunos juicios de valor respecto a lo que la “conciencia europea” ha significado en el mundo. Los políticos tratan de sustituir esa conciencia histórica por otras comunitaria y actual, propia del proyecto de Comunidad Europea, “*hecha de intereses económicos*”; pero Luis Suárez contrapone que “*una conciencia histórica, que es la que hace a los pueblos, resulta de la subordinación, consentimiento, obediencia a principios que se consideran comunes, ventajosos y superiores, y no puede ser nunca sustituida por el juego de intereses o su coincidencia*”¹⁴⁴.

Los historiadores han tenido, en esta crisis, un papel fundamental, una parte de culpa. Las exageraciones en la crítica desmitificadora han llevado a fenómenos de ruptura del hombre con su pasado, con sus tradiciones ancestrales, “como si la libertad consistiera en la insolidaridad en relación con la herencia recibida”. La noción de libertad, profundamente europea y “cualidad que Dios ha puesto en el hombre cuando le creó a imagen y semejanza”, exige tomar decisiones consecuentes y asumir la responsabilidad de las mismas. Pero en la actualidad, al secularizarse la conciencia, se convierte la libertad en mero signo de autonomía del hombre frente a Dios, convirtiéndose en mero “objeto” exterior al hombre, en “*un bien de disfrute cuantificable cuya posesión debe permitir la hombre hacer lo que quiere*”, pese a que en numerosos casos deviene en la simple presentación de esa libertad como “*la dictadura de las mayorías*”¹⁴⁵.

Pero muchas de las afirmaciones dogmáticas que apostaban por esta “*secularización de la libertad*” fueron superadas por el progreso del conocimiento científico; y nada garantiza que otras grandes doctrinas que han servido para la interpretación de la Historia, y que actualmente se presentan con

¹⁴³ Luis Suárez, *op.cit.*, p 227.

¹⁴⁴ *Ídem*, p. 228.

¹⁴⁵ *Ídem*, p. 229.

el mismo fin secularizador, no deban seguir el mismo camino. El descrédito de las interpretaciones marxistas, la superación de la visión de Voltaire, la sustitución del providencialismo de Bossuet, o la negación de los postulados de Spengler, tan difundidos en su contexto histórico, debe hacer reflexionar al historiador, como científico, de la “provisionalidad de sus conclusiones”; quizás en un futuro no muy lejano, las tesis de su investigación sean *situadas en el “museo de las curiosidades antiguas”*.

Esta reflexión demuestra, para Suárez, la vigencia de “la noción cristiana de un mundo creado y finito”. Los descubrimientos científicos actuales, en diversas áreas de conocimiento, señalan la provisionalidad de la pretensión humana de determinar la globalidad del universo infinito, y la necesidad de “señalar límites allí en donde antes trabajaba para borrarlos”¹⁴⁶.

Ante ellos, la excesiva confianza en las posibilidades del hombre va siendo superada, y las tesis sobre la “invención humana de Dios” (Voltaire, Feuerbach) aparecen indemostrables. “El desarrollo de la ciencia y en empujeamiento de del hombre, en vez de alejar de Dios –señala Suárez- parecen reclamar su presencia”. Tampoco el antropocentrismo puede seguir sosteniéndose, ante las evidencias del uso científico de explicaciones que exceden la razón humana¹⁴⁷. La “deificación” del ser humano, fruto de la Ilustración, exigía que todo conocimiento humano debía someterse al dominio de la razón; con ello, éste dogmatismo racionalista, “más rígido e intolerable que aquel que decía combatir”, convirtió al hombre en medida de todas las cosas, pero no como responsable directo de sus acciones¹⁴⁷.

La Creación, “el mundo en el que vivimos”, demuestra una naturaleza científica, como Historia y como Naturaleza. Pero el ser humano posee la singularidad de asumir ambas, “ya que poseyendo naturaleza biológica se comporta como un ser histórico”. Numerosas interpretaciones científicas, herederas de la vulgata darvinista, definen a la Humanidad, considerada simple género, como culminación cualitativa de la evolución biológica, anulando “las reservas íntimas de la persona”. Pero Luis Suárez subraya como las civilizaciones humanas, especialmente la europea, posee una dimensión espiritual que aúna la naturaleza biológica y la esencia cultural, y que se manifiesta en la Historia como cualidad radicalmente propia de la singularidad humana. “*Un soplo luminoso del espíritu que la hace cooperador con la Creación*”, señala Suárez.

Frente al comportamiento característico de la naturaleza, basado en la repetición mecánica y en el sometimiento al tiempo (y por ello sin capacidad de libertad y de progreso cultural), el “comportamiento característico de la Historia”, por el contrario, supone cambio y libertad, posibilidad y expectativa. Por ello, Luis Suárez considera que para un teólogo cristiano la historia es una de las formas de revelación divina, ya que “su trayectoria lineal la hace irrepetible”. Un trayectoria que se refleja en la conciencia del hombre como “un pulso vital”, por

¹⁴⁶ *Ídem*, pp 228-229.

¹⁴⁷ *Ídem*, pp. 230-231.

eso le parece que hay tiempos especialmente rápidos o muy densos. El hombre “quiera o no se encuentra inserto en ella, depende de su tradición, esto es, de lo que ha recibido”; su libertad le permite rechazar la herencia, pero en este caso, “lo que le espera es tan sólo el desastre” concluye Suárez¹⁴⁸.

Así pues, la esencia de la historia, de la historicidad del ser humano, se encuentra en su libertad; dependiendo del uso que haga de ella, y de la carga moral que le dote, ha podido dominar el tiempo y el instinto, pero también destruir todo aquello que le rodea. Pero el empeño de excesivo de someter las ciencias históricas a los principios válidos únicamente a las ciencias naturales (con el fin de “objetivizarlas”) llevó a la superación del análisis del papel de la libertad y la moral en el acontecer histórico de la

Humanidad, y por ello, de su “conciencia histórica”. Se aislaron del análisis los “elementos vitales de nuestra cultura”, y la conciencia de formar parte de ella como un todo. Los historiadores obviaron los mismos, limitándose a un papel de cronista y arqueólogo, siendo los ideólogos los encargados de interpretar, de supuesta manera científica, el pasado cultural del hombre.

Así, idealistas y positivistas hablaron de un progreso ilimitado, que despreciaba el legado de la tradición y anunciaba un presente infinito; materialistas y marxista anunciaban una nueva era, un futuro comunista, superadora del pasado e instrumentalizadora del presente; darvinistas y determinista, hablaban de las civilizaciones como un proceso vital, con un inicio y un fin, que se sucedían en la historia universal¹⁴⁹.

Pero todo el progreso cultural y científico que ha transformado las sociedades occidentales hasta grado sumo, no ha conseguido desterrar totalmente los principios de la tradición, ni ha traído un presente de bienestar y paz perenne y universal, ni nos acerca a futuros colectivos sin clases antagónicas ni organizaciones colectivistas. Más bien todo lo contrario. Nuestras sociedades de masas, donde se anteponen los derechos a los deberes, y donde el consumo desborda los márgenes del equilibrio natural, plantean nuevas preguntas sobre su presente inestable. Pero busca las respuestas no en la ciencia, sino en una técnica venerada como “auténtica religión”; unas respuestas, unas verdades que debían ser útiles, deben prestar servicios, deben solucionar urgente y directamente todo tipo de problemas.

Así, las ciencias humanas, y en especial la historia, son menospreciadas sistemáticamente en función de su “utilidad material”, en beneficio de unas técnicas que son, en gran parte causantes, de los problemas que ellas mismas deben atender de manera eficaz y eficiente.

Pero esta paradoja se hace cada vez más patente. Las verdades de la técnica, o no sirven sin carga y control moral, o son rápidamente sustituidas por nuevas aplicaciones de duración también efímera. Sus respuestas, sus verdades, son tan

¹⁴⁸ *Ídem*, pp. 232-233.

¹⁴⁹ *Ídem*, p. 234.

endebles como su propia existencia. De esta manera, el “hecho ético” presente en el crecimiento y supervivencia de toda cultura, vuelve a ser referente en la búsqueda de la verdad, situando a la experiencia histórica como fuente de conocimientos y verdades. Se advierte, de nuevo, sobre los grandes síntomas de decadencia de todas las culturas: “la pérdida de capacidad de respuesta y el repudio al pasado que se hereda”.

Ante estos síntomas, presentes en la civilización occidental del siglo XXI, el historiador cristiano posee una importante responsabilidad: fundamentar el “gran acto de reflexión moral” que necesita el hombre europeo. Para ello, debe situar a Cristo más allá de un “excelso personaje humano”, en la misma “cumbre de toda historia” (Cullmann). Al historiador cristiano no le asiste el derecho de negar, aunque sea en hipótesis, ni una sola de las verdades de la fe; tiene en cambio la obligación de explicar, desde ella, el sentido que cobra la Historia. Desde esta convicción, se demuestra como “Dios gobierna al mundo, por medios que entendemos mal, pero cuyos resultados forman una secuencia lógica y no dialéctica, y conduce al hombre hacia un encuentro con Cristo- *perfectus Deus, perfectus homo*, que trasciende al tiempo” y esa “esperanza del encuentro colma los deseos del hombre y es una fuerza progresiva, pues le impulsa a buscar por todos los medios su perfeccionamiento. La providencia divina, no identificada con ninguna institución política humana, aparece, ante un cristiano, como el ámbito de su progreso. Pero este no se limita a conquistas materiales y técnicas, sino que se amplía “al crecimiento del ser humano en su propia naturaleza espiritual”; crecimiento dónde juega un papel esencial la libertad, siempre entendida como individual y colectiva, siempre recibida con responsabilidades, y siempre destinada a “*la plenitud de su destino*”. Una libertad, concluye Suárez, tan importante como cualidad humana, “*que le asiste incluso cuando comete la locura de negar a Dios o destruirse a sí mismo*”¹⁵⁰.

2.10. LA POLÉMICA HISTORIOGRÁFICA. La memoria histórica.

Cualquier estudiante que se aventure por primera vez al estudio de la Historia o de algunos de los sucesos históricos más destacados, contemplará una dimensión ideológica que afecta, en grado sumo, al devenir de esta disciplina, y que la convierte, en numerosos casos, en mero instrumento del discurso político o de las luchas partidistas.

Las empresas políticas identitarias (nacionalistas, colectivistas) y en especial la llamada “memoria histórica” presente en los discursos electorales de ciertos partidos políticos demuestran este uso ideológico; un uso que niega los preceptos científicos de la disciplina al enarbolar una pretendida visión “cerrada” del pasado, y la convierte en simple medio para buscar legitimaciones políticas en el pasado de sus reivindicaciones presentes, o para negar la validez de las posiciones contrarias por supuestas conexiones con un pasado culpable.

¹⁵⁰ *Ídem*, pp. 236-237

El debate sobre la “memoria histórica”, ante todo revela “una exigencia hasta ahora insatisfecha del lado de un amplio círculo de nuestra bien reducida comunidad lectora, contrariada en su franja más cultivada por el unilateralismo de la producción historiográfica dominante en torno a las raíces inmediatas del presente”. Estas palabras de José Manuel Cuenca Toribio nos adentran en la génesis de la realidad y el mito presentes en esta “memoria histórica”¹⁵¹. J. P. Fusi señala al respecto que:

*“o la memoria histórica es el estudio de las representaciones que una sociedad se hace de su propio pasado (símbolos oficiales, monumentos, conmemoraciones, narrativas nacionales, historia oral...) o es una expresión necesariamente equívoca. Primero, porque memoria (en su doble acepción: capacidad de recordar; aquello que se recuerda) es en principio una facultad individual, y por ello puede ser completa o fragmentaria, exacta o imprecisa, buena o mala, permanente o efímera, simplificada o compleja. Segundo, porque en su dimensión social - memoria colectiva o cultural: lo que se recuerda en una sociedad-tiene, como tal, obvios problemas intrínsecos: su carácter asistemático y no científico, su dimensión emocional asociada casi siempre a mitos, leyendas y creencias difusas y vagas, y el hecho de ser por definición memoria plural, y muchas veces memoria dividida. Y lo que importa más; la idea de memoria histórica tiene un formidable problema extrínseco: el uso político que de ella se hace o puede hacerse; el problema, en suma, de ser muchas veces memoria construida, rehecha, reinventada y reimplantada desde el poder”*¹⁵².

Memoria e Historia, relación anticientífica por excelencia. Al respecto, el catedrático de Sociología Emilio Lamo de Espinosa señalaba que:

*“no es tarea de los políticos reescribir la historia y el pasado sino construir el futuro, que es lo que une a los pueblos: la ilusión colectiva de un futuro mejor. Para construir la historia están los historiadores, y esos llevan ya muchas décadas haciéndolo. Los españoles no han necesitado de un nuevo socialismo para recobrar la memoria. Yo publiqué mi tesis doctoral sobre Julián Besteiro en 1972, en pleno franquismo”*¹⁵³.

De nuevo se ponía de manifiesto la indestructible pervivencia de la “mitología histórica”, que resultaba no solo creación de las tradicionales “máscaras, relatos que tallan en la memoria de la gente recuerdos falsos y creencias impersonales”

¹⁵¹ José Manuel Cuenca Toribio, *Ocho claves de la Historia de España contemporánea*. Madrid, Encuentro, 2003, p. 150.

¹⁵² Véase Juan Pablo Fusi, “Memoria histórica”, en *ABC*, Madrid, 27-06-07, p. 3.

¹⁵³ Ante la promulgación de la *Ley sobre la Memoria histórica* en 2007, se pregunta irónicamente “¿se imagina alguien a las Cortes de la II República discutiendo sobre la memoria de las guerras carlistas?”. Entrevista a Emilio Lamo de Espinosa, en *ABC*, Madrid, 19-7-2006.

(F. García de Cortazar¹⁵⁴), de un simple “*relato y representación que organiza y trata de explicar la realidad tratada como una acción extraordinaria*” (E. Moradiellos¹⁵⁵) o incluso un mero “*concepto opuesto a la explicación racional del mundo*” (Gadamer¹⁵⁶); ni tampoco, y por ello, es algo a desterrar del vocabulario historiográfico actual por supuesta falsedad. Eso sería desconocer profundamente la historia contemporánea española y mundial, ese ingrediente irracional, espiritual, moral, cultural que acompaña nuestras obras y nuestros crímenes.

Junto a estos análisis teóricos, el mito fue y es, como bien señaló Georges Sorel, un valioso y comprobado instrumento político-social capaz de la movilización de masas, de la unión partidista y de la legitimación ideológica. El mito permitió y permite luchar por el poder, refundar una nación, crear y convencer de utopías, de encubrir las debilidades o falsedades, y de justificar como necesaria o inevitable la violencia contra “*el enemigo político*”. No es un simple ente irracional capaz de ocultar la realidad, sino aparece como un ente racional capaz de disfrazar la utopía. Sin el análisis de su razón histórica, de la función política que le dieron sus creadores, se deja profundamente incompleta la reconstrucción hermenéutica de los mismos¹⁵⁷.

Estos debates, aun objeto de conclusión, demuestra, como bien señala P.C González Cuevas, como toda empresa historiográfica, en el pasado y en el presente debe afrontar una dificultad intelectual y académica bien definida por la “*confrontación que suele producirse entre el trabajo del historiador y una memoria histórica emergente, celosa de sus prerrogativas y que tiende a presentarse como un valor intrínseco, como una moral de sustitución y hasta en una nueva religiosidad*”. Es difícil hacerse oír y leer, como historiador y como científico, ante la exaltación de una memoria histórica que se convierte, como demuestra el caso español, en guión de la reconstrucción ideológica del pasado inmediato, en este caso “el mito histórico”; memoria, por cierto, que “*tiene como objetivo, confesado o no, fundar una identidad*” o “*un culto al pasado*”¹⁵⁸; una memoria por ello, capaz de sancionar moralmente el ejercicio de la profesión historiográfica o de revisar ciertas convenciones ideológicas adoptadas. Esta memoria, convertida en guía oficial de la reconstrucción historiográfica sobre el pasado, difunde una visión ideológica que pretende impedir la revisión crítica de dicho pasado¹⁵⁹.

¹⁵⁴ Fernando García de Cortazar, *op.cit.*, pp. 10 y 11.

¹⁵⁵ Enrique Moradiellos, 1936. *Los mitos de la Guerra civil*. Barcelona, Península, 2005, p. 19.

¹⁵⁶ Hans-Georg Gadamer, *Mito y razón*. Barcelona, Ed. Paidós, 1999, p. 27.

¹⁵⁷ Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid, Ediciones Nueva República, 2004, pp. 109 y 110.

¹⁵⁸ Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Marcial Pons ed., Madrid, 2003, pp. 12-14.

¹⁵⁹ Para Ucelay-Da Cal, las causas de la recuperación de la llamada “Memoria histórica” residían incluso en países extranjeros: “al calor de las campañas de las extremas izquierdas chilena y argentina para mantenerse visibles exigiendo la culpa a los militares responsables de “genocidio” en los tiempos de las “guerra sucias” de los años 1970, la generación española nacida durante la

“*Mi memoria depende de mis experiencias y nada más*”, sentenciaba R. Koselleck; la memoria colectiva de un pueblo o de una nación, cuando no parte de este principio existencial, de esta “*memoria dividida*”, se sitúa como simple instrumento de un pasado mitificado creado *ex profeso*. Todorov escribía sobre el tema, que una memoria colectiva es por naturaleza selectiva, ya que escoge una serie de acontecimientos concretos, conmemora un conjunto específico de hechos históricos, se funda en ciertas experiencias trágicas y en la legitimidad moral de ciertas víctimas¹⁶⁰.

Las actitudes cerradas a la revisión historiográfica parecen pertenecer a lo que acertadamente Dalmacio Negro denominó como “*modo ideológico de pensar*”¹⁶¹, o interpretación del pasado en clave meramente ideológica, y con pretensiones de totalización social. Por ello, o es recuperada la “memoria” como arma propagandística, o se somete a un claro interés ideológico de mantener latente el mito del conflicto político como medio de deslegitimación política y académica del enemigo intelectual¹⁶². Esta estrategia, determinada por una secta izquierdista decidida a imponerla al resto bajo amenaza de escarnio público, persigue el “*desprestigio intelectual y la anulación política de facto de las legitimidades históricas*” del contrincante político¹⁶³.

Manuel Ortiz Heras refleja el hermanamiento ideológico entre la *Historia social* y la “Memoria histórica”, a través de la difusión académica y periodística de una conciencia social o colectiva¹⁶⁴; plataforma que debía “oficializar” una visión moral del pasado no basada en hechos ciertos y probados, sino en sentimientos de supuesta validez ética y universal. En una misma línea se manifiesta Juan Sinisio Pérez cuando afirma que la enseñanza de la historia no es el único cauce para la formar e informar a una conciencia ciudadana, ya que la memoria colectiva se crea sobre estereotipos al margen del sistema educativo y difundidos

“Transición” exige ahora la literalidad de los valores del período republicano, pero sin la carga del recuerdo vivido, de los costes de tal exteriorización de la Guerra, la “diáspora” de los derrotados, la represión y todo lo demás”. Véase Enric Ucelay-Da Cal, “El recuerdo imaginario como peso del pasado: Las transiciones políticas en España”, en Carlos Waisman, Raanan Rein y Ander Gurrutxaga Abad (eds), *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina*. Zarautz, Servicio Editorial UPV/Argitaletza EHU, 2005, pp. 37-83.

¹⁶⁰ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la Memoria*. Barcelona, Península, 2000, pp. 15-17.

¹⁶¹ Dalmacio Negro, *La tradición liberal y el Estado*. Madrid, Real Academia de Ciencias morales y políticas, 1995, p. 261.

¹⁶² Véase Ángel David Marín Rubio, “Los enredos de la memoria histórica”, en *Razón española*, n° 138, Madrid, 2006, pp. 101-113.

¹⁶³ Sobre la valoración de la obra de Pío Moa, supuesto paradigma del “revisiónismo histórico” español véanse trabajos como Alberto Reig Tapia, “Ideología e Historia: quosque tandem, Pío Moa?”, en *Sistema: Revista de ciencias sociales*, n° 177, Madrid, 2003, pp. 103-119; Carlos Rilova Jericó, “¿Qué te parece Pío Moa?” Dos notas sobre el revisionismo y la guerra civil española”, *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, n° 7, 2007; Justo Serna Alonso, “Las iluminaciones de Pío Moa: el revisionismo antirrepublicano”, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 2007, pp. 99-108

¹⁶⁴ Manuel Ortiz Heras, “Memoria social de la Guerra civil”, en *HAOL*, n° 10, 2006, pp. 179-198.

por los medios de comunicación audiovisual; así la historia no es conocimiento, es adoctrinamiento¹⁶⁵.

Así la aspiración a la *neutralidad axiológica*, la objetividad científica como meta del trabajo intelectual, se somete a imperativos de superioridad moral. Al respecto de este tipo de líneas, Koselleck escribía que ocultar otras memorias históricas, asociarlas a posiciones reaccionarias o fascistas sin más e impedir la confrontación mediática, solo conduce a una falsa mitificación del saber histórico. Para el historiador alemán, mantener la persistencia interesada del conflicto derivado de la distinta y contrapuesta interpretación de la historia y de la memoria histórica conlleva la radicalización ideológica, y anular la diferencia de posiciones hermenéuticas valiosas lleva a imponer un sectarismo de nulo valor intelectual; ante esta línea historiográfica e ideológica solo cabe la investigación rigurosa y la confrontación científica¹⁶⁶.

Este debe ser nuestro reto, el reto de todo historiador.

¹⁶⁵ Denomina a la “memoria histórica” como “memoria colectiva o social”, al “ser la memoria de una sociedad globalmente considerada, y no, o en exclusividad, a la memoria de un grupo concreto, más o menos reducido”, que trasciende las potencias del individuo aislado como elemento condicionante de la actividad social. Ortiz demuestra, con sus propias palabras, el carácter selectivo y partidista de la “memoria histórica republicana”, basada exclusivamente en “reconocer que la II República, la primera experiencia democrática en España, fue violentamente interrumpida por una rebelión militar contra su ordenamiento constitucional, lo cual conculca los valores del estado de derecho más elementales”, y “reconocer y homenajear a quienes estuvieron defendiendo aquella legalidad porque merecen nuestro más profundo respeto, ya que “las víctimas entre los vencidos de la guerra civil merecen el mismo tratamiento que durante tantos años han obtenido las del bando triunfador”; así la historia no es saber, sino es justicia. Véase Juan Sisinio Pérez Garzón et al., *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*. Barcelona, Ed. Crítica, 2000.

¹⁶⁶ Salvador de Madariaga, *España. Ensayo de historia contemporánea*. Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 407.

BIBLIOGRAFÍA.

ANDRÉS-GALLEGO, José (coord): *Historia de la historiografía española*. Madrid, Encuentro, 2003.

ARON, Raymond: *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1979.

BAUER, Wilhelm: *Introducción al estudio de la Historia*. Barcelona, Bosch, 1970.

Burckhardt, J: *Reflexiones sobre la Historia Universal*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

CARR, Edward H.: *¿Qué es la Historia?*. Barcelona, Ariel, 1985.

CHIGNOLA, Sandro: “Sobre el concepto de Historia”, en *Ayer*, nº 53, Marcial Pons ed., 2004 pp. 75-95.

CROCE, B.: *La storia come pensiero e come azione*, Bari, Laterza, 1938.

- *Teoria e storia della storigrafia*. Bari, Riveduta, 1943.

CUENCA TORIBIO, José Manuel: *Ocho claves de la Historia de España contemporánea*. Madrid, Encuentro, 2003.

DE FELICE, Renzo: *Rojo y negro*. Barcelona, Ariel, 1996.

DILTHEY, Wilhelm: *El mundo histórico*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

DROYSEN Johann Gustav: *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*. Barcelona, Ed. Alfa, 1983.

DUBY, Georges: *La Historia continúa*. Madrid, Debate, 1992.

FERNÁNDEZ-CARVAJAL, Rodrigo: *El pensamiento español en el siglo XIX*. Murcia, Nausicaä, 2003.

FERNÁNDEZ RIQUELME, Sergio: “Historia y literatura. Disciplinas complementarias e instrumentos del discurso político”, en *Hispania*, nº 230, CSIC, 2008, pp. 787-818.

- “La Mediación social. Itinerario histórico de la resolución de conflictos”, en *La Razón histórica*, nº 9, 2009, pp. 76-96.

FUKUYAMA, Francis: “¿El fin de la Historia?”, en *Claves de razón práctica*, nº 1, 1990, pp. 85-96.

- *El fin de la Historia y el último hombre*. Madrid, Planeta, 1992.

GADAMER, Hans-Georg: *Mito y razón*. Barcelona, Ed. Paidós, 1999.

GARCÍA DE CORTAZAR, Fernando: *Los mitos de la Historia de España*. Barcelona, Planeta, 2003.

GONZÁLEZ CUEVAS, P.C., *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Marcial Pons ed.,

Madrid, 2003.

- “¿Revisionismo histórico en España?”, en *El Catoblepas*, nº 82, diciembre de 2008.

GREGOR, A.J.: *Los rostros de Jano. Marxismo y fascismo en el siglo XX*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

HUIZINGA, Johan: *El concepto de historia y otros ensayos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1946.

KOSELLECK, Reinhart: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Ed. Paidós, 2001.

KOSELLECK, Reinhart Koselleck y GADAMER Hans-Georg: *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1977.

- *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993.

LÓPEZ-AMO, Ángel: "Estudio preliminar" a KERN, Fritz: *Derechos del Rey y Derechos del pueblo*. Madrid, Rialp, 1955.

MADARIAGA, Salvador: *España. Ensayo de historia contemporánea*. Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

MANOILESCU, Mihail: *El siglo del corporatismo*. Santiago de Chile, El Chileno, 1941.

MARAVALL, José Antonio: *Teoría del saber histórico*. Madrid, Revista de Occidente, 1967.

MARÍN RUBIO, A.D.; "Los enredos de la memoria histórica", en *Razón española*, nº 138, 2006.

MARROU, Henri Irene: *El conocimiento histórico*. Barcelona, Labor, 1968..

MITRE, Emilio: *Historia y pensamiento histórico*. Madrid, Cátedra, 1997.

MOLINA, Jerónimo: *La Política Social en la Historia*. Murcia, Isabor, 2004.

MORADIELLOS, Enrique: *Las Caras de Clío. Una introducción a la Historia*. Madrid, Siglo XXI, 2001.

MOSSE, G.L. Mosse, *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perception of Reality*. New York, Howard Fertig, 1980.

NEGRO, Dalmacio: "Modos del pensamiento político", en *Anales de la Real Academia de Ciencias morales y políticas*, año XLVIII, nº 73, 1996.

- *La tradición liberal y el Estado*. Madrid, Real Academia de Ciencias morales y políticas, 1995.

NOLTE, Ernst: *La Guerra civil europea: nacionalsocialismo y bolchevismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

ORTEGA Y GASSET, José: *Kant, Hegel, Dilthey*. Madrid, Revista de Occidente, 1965.

- *Historia como sistema*. Madrid, Espasa-Calpe, 1971.
- "La Filosofía de la Historia de Hegel y la historiología", en *Obras completas*, vol. IV. Madrid, Alianza ed., 1983.
- *La rebelión de las masas*. Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

ORTÍZ HERAS, Manuel: "Memoria social de la Guerra civil", en *HAOL*, nº 10, 2006, pp. 179-198.

SOREL, Georges, *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid, Ediciones Nueva República, 2004.

SPENGLER, Oswald: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia universal*. Madrid, Espasa-Calpe, 2002.

STERNHELL, Zeev: "Fascist Ideology", en LAQUEUR, Walter Laqueur (ed.), *Fascism, A Reader's Guide, Analyses, Interpretations, Bibliography*. Berkeley, University of California Press, 1976, pp 315-376.

SUAREZ, Luis: *Grandes interpretaciones de la Historia*. Pamplona, Eunsa, 1981.

TOYNBEE, Arnold J., *La civilización puesta a prueba*. Buenos Aires, Emece, 1954.

- *Estudio de la historia I*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

UCELAY-DA CAL, Enric: "El recuerdo imaginario como peso del pasado: Las transiciones políticas en España", en WAISMAN, Carlos Waisman; REIN, Raanan y GURRUTXAGA, Ander (eds): *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina*. Zarautz, Servicio Editorial UPV/Argitalpen erbitzua EHU, 2005, pp. 37-83.

VON RANKE, Leopold, *Pueblos y Estados*. México, FCE, 1979.

VON STEIN, Lorenz: *Movimientos sociales y Monarquía*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981.

WEBER, Max: *El político y el científico*. Madrid, Alianza editorial, 1981.

- *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona, Península, 1998.

ZUBIRI, Xavier: *Naturaleza, historia, Dios*. Madrid, Editora nacional, 1981